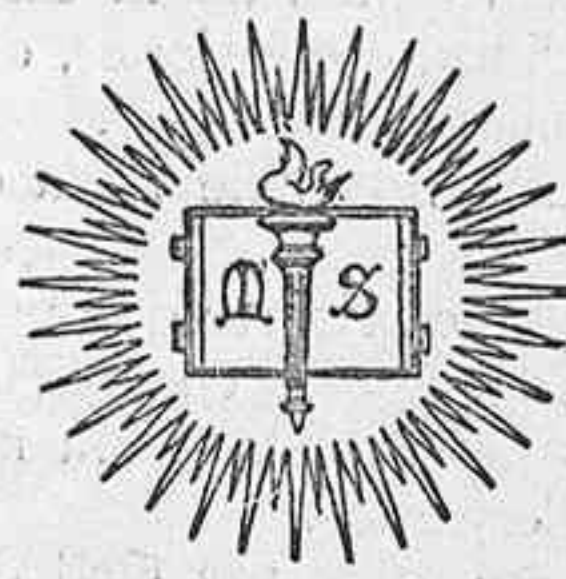


Ilustración Artística



AÑO XXXIV

BARCELONA 1.º DE NOVIEMBRE DE 1915

NÚM. 1.766



LA TRAGEDIA, escultura en mármol de Beltrán Mackennal
(Exposición de la Real Academia de Londres. 1915.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Cuento barato*, por D. Margarit. — *La guerra europea*. — *Los Reyes en Segovia*. — *Madrid. El estreno de «La tizona»*. — *Miss Edith Cawell*. — *Madrid. Traslado de los restos de Salmerón*. — *¿Más fuerte que el amor?* (novela ilustrada; continuación). — *El monumento a Cervantes. Anteproyecto de los Sres. Inurria y Anasagasti*. — *Libros.*

Grabados. — *La tragedia*, escultura en mármol de Beltrán Mackenall. — Dibujo de Opisso, ilustración al *Cuento barato*. — *La guerra europea* (nueve fotografías). — *La hora del te*, cuadro de J. Bloch. — *Marruecos. Solemne ceremonia en la ciudad santa de Fez. Proclamación de S. M. el Sultán Abd-el-Hafid*. — *Los Reyes en Segovia*. — *Madrid. Una escena de «La tizona»*. — *Miss Edith Cawell*. — *Madrid. Traslado de los restos de Salmerón*. — *El monumento a Cervantes. Anteproyecto de los Sres. Inurria y Anasagasti*. — *Marruecos. Excursión de información a Tetuán por nuestro corresponsal en Melilla Sr. Lázaro*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En una de mis últimas crónicas se ha deslizado una errata. Nadie me ha llamado la atención acerca de ella, pero yo quisiera corregirla.

Al referirme a los desafueros artísticos que se cometen y en los cuales tienen su tanto de culpa los eclesiásticos, no sé qué palabra mía se convirtió en otra, y leo con sorpresa «eclesiásticos desenfrenados». No corresponde el vocablo ni a mi criterio ni tampoco al asunto. El desenfreno es distinto del vandalismo artístico, y cabe ser hasta un excelente sacerdote, y cometer profanaciones con los objetos de arte, los edificios y los restos del ayer.

Esta es la rectificación que deseaba hacer, pues siempre conviene poner las cosas en su punto y dar lo suyo a cada cual.

* *

De los monumentos a Cervantes no puedo decir nada, porque no los he visto.

Estoy apurando los últimos encantos del otoño, en el campo, y cuando llegue a Madrid ya se habrá cerrado la Exposición. Lo que digo es que ninguno de los proyectos realiza la idea que yo me formaba respecto a la importancia y el desarrollo de tal homenaje.

Yo veía el monumento a Cervantes como algo que resumiese la gloria, no sólo del autor del *Quijote*, sino de la Lengua y Literatura Castellanas. Así, alrededor de Cervantes, en la forma que el artista concibiese, o a sus pies, ocupando él la cima, debieran figurar desde los que sacaron de mantillas al habla espléndida que más tarde se difundió por el mundo y es verbo de tantas naciones, empezando por el viejo poeta del «román paladino», hasta los modernos, como Larra y Zorrilla, Valera y Alarcón, por no llegar a la generación que aun vive. Ni aun la figura de Cervantes sería necesario que apareciese en el monumento. Bastaría que, allá en la cúspide, se alzase el hidalgo manchego, caballero en su Rocinante.

Ya comprendo que esta concepción ofrecería dificultades. Tratándose de Cervantes, habría que afrontarlas todas. Lo más «mundial», como ahora se dice, que tenemos es Cervantes (probablemente no gustaría de la palabreja).

Ello es que los anteproyectos han puesto sobre el tapete el nombre de Cervantes. ¡Cide Hamete Benengeli es de actualidad!

Entre las graves preocupaciones que sufre España, y que bien pudieran quitarla el sueño, en esta hora crítica, queda lugar para que vuelva a acordarse del Manco, encontrando en él y en su creación portentosa un símbolo de nuestro destino y una prenda de nuestra grandeza que fué...

Lo singular de Cervantes, en el cual pienso ahora como si se tratase de un hombre de nuestros días (y lo era, en el sentido de ser un hombre de siempre, que se sale de su época) lo singular, digo, de ese regocijo de las Musas, es que de literato tiene poco. Es el prototipo del ingenio lego, con una cultura en la cual entran por cinco o seis los conocimientos que da el estudio, y por noventa la práctica y experiencia de la vida. Vida bien azarosa, de lucha, sin posición, sin dinero, sin consideración social, en la servidumbre y el apuro constante. Vida de español de entonces, al cual sólo le faltó, para estar de lleno en la epopeya de la raza desde el siglo XVI, haber pasado a las Indias.

Pero, sellando el españolismo de su historia, se batió en Lepanto, y fué cautivo de los argelinos crueles.

Por milagro de algún santo, del señor Santiago matamoros, verbigracia, no finó clavado en estaca aguda, o de una paliza en las plantas de los pies. Consideremos en qué estriba la existencia de las

obras maestras del ingenio humano. Sólo Dios sabe lo que estará perdiéndose ahora, en las fatales trincheras, donde tanta vida se siega en flor...

Cervantes no fué, como queda dicho, ningún sabio, sino un cerebro fresco, espontáneo, latino, meridional, que, en los últimos años de su funcionamiento, por efecto quizás de la diabetes, padecía distracciones, olvidos, confusiones, de las cuales en el *Quijote* han quedado muestras.

No, la sabiduría no tiene nada que ver con el *Quijote*.

Cualquiera de los escritores que pudiéramos agrupar en torno de su figura, en aquella hora de esplendor para las patrias letras, era más docto, más informado que Cervantes.

El academicismo, nota tan fácil de descubrir en no pocos de nuestros ingenios, en Cervantes no existe, aun entre sus obras más estudiadas (entre las cuales no se cuenta por cierto el *Quijote*).

Tenía lo que hoy llamaríamos una tintura. Era su siglo un siglo de fuertes estudios, y los que cursaban las aulas empapándose de filosofía y de humanidades, podían mirarle por encima del hombro.

Existe, sin embargo, otra filosofía recóndita y misteriosa, que no se aprende ni se ejercita en las escuelas, y esa fué la que, como rica savia, vivificó la obra del Manco.

La filosofía del *Quijote* es la más alta que produjeron nuestros siglos de oro. Error no entenderlo así, por el hecho de que el *Quijote* es una novela, y una novela con elementos populares, picarescos, humorísticos.

Obra singular entre las que brotaron de plumas, obra llena de imperfecciones y acaso por lo mismo más humana, yo no encuentro a qué compararla, como no sea a la dramaturgia de Shakespeare.

* *

Son mis dos semidioses, Shakespeare y Cervantes, y, mirando atrás, el padre Homero, que en bastantes aspectos se le asemeja, y que, como Shakespeare, no se sabe exactamente quién fué...

De nuestro pobre Manco sí sabemos casi todo cuanto es posible saber. Testimonios de su biografía abundan.

Hay sin embargo puntos dudosos: Alcázar de San Juan disputa a Alcalá de Henares la preza de haberle dado cuna.

Lo mismo el aedo griego que el comediógrafo inglés (aceptemos provisionalmente su filiación, tal cual comúnmente se cree que haya sido) poseyeron mucho mayor dosis de cultura que Cervantes.

La divina inconsciencia del genio no se dejó ver en ellos tan desnuda y virgen como en el Manco.

La desigualdad que a veces caracteriza también al genio, en Cervantes se exageró, y en infinitos casos fué inferior a otros hombres de su época, que no le llegan a la suela del zapato.

Cervantes es la representación misma de la fuerza y riqueza de nuestro idioma, y sin embargo, yo siempre concedería mayor perfección de casticismo a Santa Teresa, a Fray Luis de Granada, y superior dominio de los recursos filológicos a Quevedo.

Hay que ver pues en Cervantes, por encima de todo, un no sé qué, ignorado por él mismo: algo que es como el fuego y el rayo; una fuerza que emana de lo profundo de un individuo singular y, en cierto modo, único.

* *

Acaso Shakespeare, en el conocimiento de los tipos humanos, en el análisis de las pasiones, en la ciencia del alma, llegó más adentro aún.

Shakespeare es un abismo. Hay en él inmenso vigor de instinto: los personajes de Cervantes, incluso sus locos, son más sociales, más sanos, más equilibrados, que los de Shakespeare.

Hámlet — por ejemplo —, habla y procede de tal suerte, que o es un criminal, o está al margen del crimen a cada paso.

A cuantos le rodean, Hámlet es funesto. Lo sobrenatural ha envenenado su espíritu, como envenenó el de Macbeth.

Los dos han visto apariciones y sombras, y han sentido el poder del infierno, y están bajo el influjo de las supersticiones y terrores de ultratumba.

Nada semejante ocurre a D. Quijote. Cree, sí, en malignos encantadores, pero es todo ello tan dulcemente humorístico, que ni un momento nos estremece.

Ved cómo la risa retoza hasta en la espantable y romántica aventura de la cueva de Montesinos.

Un tipo como el de Ricardo III, no cabe en la manera de ser de Cervantes: es otra, muy distinta, su galería de personajes, y ni el sombrío ambicioso, ni la trágica viuda de York, ni los asesinos con puñales destilando sangre, ni lady Macbeth lavándose las manos para que desaparezca la mancha delatora, y vagando, suelto el cabello, por los corredores de su castillo, a las altas horas de la noche, presa de un sonambulismo espantable, se parecen en nada a las figuras que hace desfilar Cervantes por su obra maestra, ni por sus novelas cortas.

* *

Tampoco la psicología de D. Quijote es la de los héroes de Homero, aunque pudiera asemejarse más, descontadas las diferencias de tiempo y lugar, y cuanto separa a un guerrero de las edades heroicas de Grecia de un hidalgo manchego del siglo XVII.

El ideal de Aquiles, mirándolo bien, se identifica con el de D. Quijote.

Aquiles, reiteradamente, elige morir joven dejando tras sí una estela gloriosa, antes que cargarse de años en el palacio de su padre.

D. Quijote es un hombre maduro ya, y un iluso; pero ha hecho igual selección.

Deja la modesta holgura de su casa, el allego de su hogar, su mesa sencilla pero abastada, su distracción de correr liebres, y se lanza a una vida de privaciones, estrecheces, hambre y frío, palos y pedradas, escarnios y burlas, guiado por su ensueño de gloria.

D. Quijote es un loco; no cabe duda; pero no veo en qué se distingue del heroísmo, este aspecto de su locura.

En lo que se parecen los tres genios, el aedo, el comediógrafo y el Manco, es en la hondísima percepción de la realidad, y en su transcripción exacta, intensa, como si a un tiempo pintasen, esculpiesen y describiesen con la pluma.

Cuanto refieren, lo veis de bulto. Homero es de una fidelidad inconcebible, que los arqueólogos modernos han comprobado en sus excavaciones y estudios del lugar donde fué Troya.

Shakespeare, menos atento a los objetos exteriores que a las almas, produce la sensación de un vidente.

Cervantes describe a rasgos, como si trajese las cosas a nuestra presencia.

Toda la energía genial de los tres hombres portentosos está cifrada en la impregnación de la verdad, de la verdad sangrante, palpitante como un corazón.

En la concepción de Cervantes, sin embargo, hay un simbolismo que abarca todo lo real y lo transforma y eleva a la abstracción idealista más alta y hermosa.

Y esto le pertenece; esto no lo descubrimos ni en Homero ni en Shakespeare.

Así sucede que se hable y discurra tanto respecto al sentido oculto del *Quijote*, y no hay nadie que cavile en lo que quiso decir Homero en la *Iliada* ni Shakespeare en *Otelo*.

No poco, sin embargo, hay de simbolismo en *Hámlet* y alguna comedia sespírana.

Comparad ambos locos y habréis comparado a dos razas, a dos pueblos.

Harto se hablará del Manco todavía, después de tanto como se ha hablado ya.

El Centenario tiene la ventaja de refrescar la nunca olvidada memoria.

En gracia a esta condición le perdonaremos todo el derroche de aparato y percalina que traerá consigo, las veladas, discursos, cabalgatas, funciones y demás festejos; y podremos decir del Manco lo que Iriarte de un elefante, el primero que se vió en Madrid:

«¡Oh, elefante singular!
¡Cuántos bienes has causado!
Tú llenas de gente el Prado;
tú nos das qué conversar;
tú diviertes el lugar;
tú le paseas con tren;
pero es verdad que también
con tu fama nos sujetas
a una plaga de poetas
de que Dios nos libre, amén.»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.





CUENTO BARATO, POR D. MARGARIT, dibujo de Opisso

A todo correr la revoltosa Rosarito llegó a la butaca donde su abuela, sentada, dejaba pasar el tiempo, hojeando de tanto en tanto un libro que en la falda tenía, y la asaltó, medio derribándola, y la hirió en los oídos con su voz aguda de falsete:

- Abuela, abuela; un cuento.

Y no la dejaba reponerse de la emoción sufrida, sino que, al contrario, la acosaba más y más, zarandeándola, queriendo hacerle con sus manitas infantiles unas caricias que semejaban zarpaños para la pobre anciana.

- ¿Me oyes, abuela? Un cuento; un cuento..., en seguida..., seguía imperativamente.

La fuerza de la costumbre de ser atendida de todos la hacía siempre pedir con tono tan exigente, que no había medio humano de negarse a acceder a su petición.

Y, además, ¡era tan zalamera! Siempre tenía dispuesta una sonrisa para cualquiera de la casa. Siempre en sus labios de un rojo fresco y subido había un beso para su abuelita, constantemente avara de ellos.

- Pero espera un momento, criatura, pudo al fin decir la abuela. Vaya un modo de pedir las cosas..., dándome un susto... y un empujón que a poco más me tiras por tierra...

La anciana cogió el libro, que abierto y con las hojas dobladas por el suelo había rodado, las alisó con sus manos sarmentosas, y con mucho cuidado y lentamente lo colocó sobre un velador.

Rosarito la miraba, nerviosa al ver el cuidado y el tiempo que en tal quehacer su abuela invertía, mientras ella era desatendida en su petición.

- Entretente ahora con eso, abuela, dijo al fin

qué pagarme? Porque has de saber que yo, como ya soy bastante viejecita, necesito que todos mis trabajos sean recompensados. El camino que aun me queda por recorrer es el más árido de la vida y es preciso embellecerlo... ¿Tienes con qué pagar?

La pequeña hizo un gesto negativo y de extrañeza. ¿Desde cuándo su abuela le cobraba los cuentos? ¡Vaya una ocurrencia!

- ¡Pediré dinero a papá!.

La abuela rechazó el ofrecimiento.

- Yo no necesito dinero y, además, tú me podrías dar muy poco...

Y lo dijo así, con un tonillo de burla que lastimaba...

- ¡Caramba, nunca se te había ocurrido tal cosa!

Y no sabiendo la razón que tal exigencia, no acostumbrada, ahora tratara de imponer, rebuscó en la memoria sus objetos de valor, los que pudieran tenerlo al menos para la abuela.

- ¡Como no quieras que te dé a Mimi!

Mimi era un bebé grande, que cerraba los ojos, y por el que sentía Rosarito un cariño casi tan grande como el que profesaba a su abuela.

Ya suponía este ofrecimiento un verdadero sacrificio... La abuela, no obstante, también lo rechazó. - ¿Para qué quiero yo tu muñeca, si tú lo eres mía?

Ofreció cromos; tampoco. Su costurero chiquito; nada de aquello tenía valor suficiente.

Y cansada ya, no sabiendo qué ofrecer aún, con una vocecilla acongojada, en la que ponía súplica, dijo:

- ¡Cuéntame el cuento y después pídemelo que quieras!

no pudiendo contenerse más.

- Todo se ha de hacer; los destrozos que tú causas alguien los ha de reparar.

- Sí; pero mientras te esquivas de contarme el cuento.

- No lo creas: ya está arreglado. Ahora, veamos qué es lo que deseas.

- ¡Ya te lo he dicho. Uno que sea bien bonito; de esos que tú sabes.

- ¿Tendrás con qué pagarme? Porque has de saber que yo, como ya soy bastante viejecita, necesito que todos mis trabajos sean recompensados. El camino que aun me queda por recorrer es el más árido de la vida y es preciso embellecerlo... ¿Tienes con qué pagar?

La pequeña hizo un gesto negativo y de extrañeza. ¿Desde cuándo su abuela le cobraba los cuentos? ¡Vaya una ocurrencia!

- ¡Pediré dinero a papá!.

La abuela rechazó el ofrecimiento.

- Yo no necesito dinero y, además, tú me podrías dar muy poco...

Y lo dijo así, con un tonillo de burla que lastimaba...

- ¡Caramba, nunca se te había ocurrido tal cosa!

Y no sabiendo la razón que tal exigencia, no acostumbrada, ahora tratara de imponer, rebuscó en la memoria sus objetos de valor, los que pudieran tenerlo al menos para la abuela.

- ¡Como no quieras que te dé a Mimi!

Mimi era un bebé grande, que cerraba los ojos, y por el que sentía Rosarito un cariño casi tan grande como el que profesaba a su abuela.

Ya suponía este ofrecimiento un verdadero sacrificio... La abuela, no obstante, también lo rechazó. - ¿Para qué quiero yo tu muñeca, si tú lo eres mía?

Ofreció cromos; tampoco. Su costurero chiquito; nada de aquello tenía valor suficiente.

Y cansada ya, no sabiendo qué ofrecer aún, con una vocecilla acongojada, en la que ponía súplica, dijo:

- ¡Cuéntame el cuento y después pídemelo que quieras!

... mirándola fijamente con sus ojos grandes...

- No: lo dejo a tu voluntad: escucha mi cuento y, después de acabado, tú me darás el premio que se merezca.

- ¡Bueno!

Y se sentó en una silla pequeña, recostando su cabeza en el regazo de la anciana, mirándola fijamente con sus ojos grandes, expresivos..., que, aunque infantiles, ya despedían destellos de un femenino carácter voluntarioso y apasionado.

**

- Aunque eres muy niña todavía, como seguramente mis ojos antes de cerrarse no te verán mujer, ¡y eso que poco tardarás!, voy a contarte una historia que tiene de los cuentos la moraleja. Recuérdala en lo por venir y tenla muy presente para combatir ese azote de la mujer que se llama coquetería.

»Erase que se era una bellísima y encantadora joven que a más de las dotes físicas, reunía cuantiosos bienes de fortuna que sus padres le legaran al morir.

»Enamorados de su belleza unos y otros codiciosos de la riqueza que poseía, muchísimos jóvenes de la alta sociedad en que ella vivía la pidieron por esposa, siendo de ella rechazados todos, a pesar de que públicamente a tal o cual, en alguna ocasión, con favores honestos había distinguido. Era así efectivamente, pues la hermosa no se recataba de recibir galanteos de todos los que la desgracia de contemplarla tenían, saboreando el placer de verse cortejada y adulada.

»Mas quiso la fatalidad, que en la vida acecha las ocasiones propicias para hacerse señora y cebarse en sus víctimas, que a aquella loca mujer se le antojara poner fin a sus insensatos devaneos, imaginando para final de sus locuras una aun mayor que había de otorgarle triste celebridad y a la vez había de dar al traste con el ya bastante resquebrajado edificio de su reputación.

»Como era huérfana, y por su conducta se había aislado de todas aquellas personas que con su recto juicio pudiesen darle sanos consejos, era su voluntad caprichosa la que sus acciones guiaba, y era su coquetería la que dominaba su voluntad.

»El hecho es que un rumor extraño corrió de boca en boca por aquel pueblo; verdad o calumnia, por todo él se extendía como mancha de aceite; que hubo quien lo puso en duda, honradamente negándolo, y hubo quien basándose en la conducta de la que lo motivaba, lo extendió más y más.

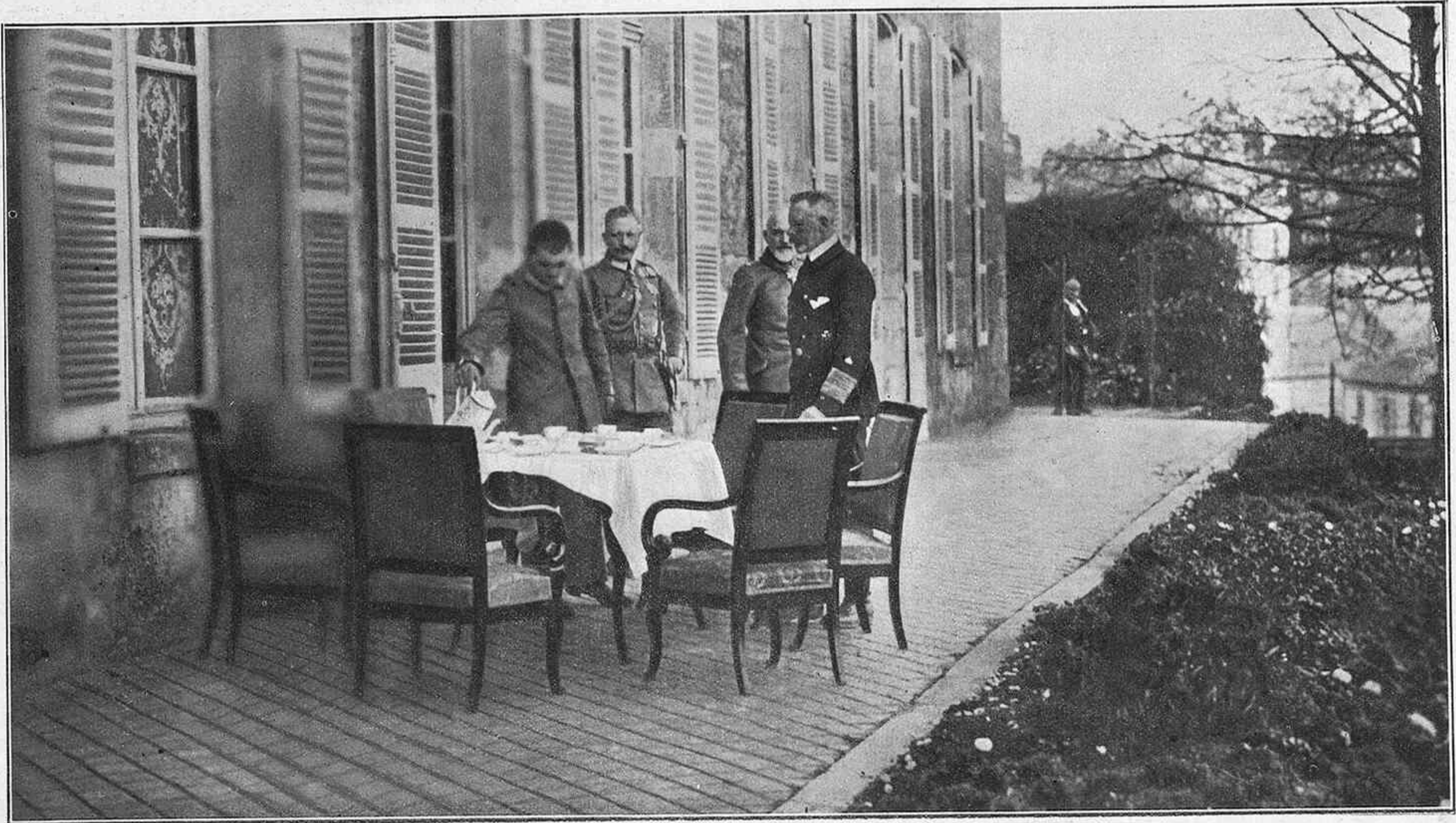
»Se decía en él que ella había ofrecido dar un beso a uno cualquiera de los muchos adoradores

que la cercaban que venciera en desafío a su contrincante. Y aunque tal cosa hacía suponer un corazón romántico en la dama, enamorado de la agilidad o la destreza, el hecho de poner tal precio a tal favor fué bastante para que muchos de los que conti-

— El cuento o la historia, como quieras llamarle, dijo la abuela, se acabó. Recuérdalo siempre, como antes te decía, y procura alejar de tu alma ese sentimiento que tanto mal hace a las mujeres y que se llama coquetería. Ya sabes el fin que tuvo la her-

La nietecita se había quedado silenciosa: su alma en formación trataba de desentrañar y comprender los consejos de su abuela.

Abstraída en su reflexión, aun miraba fijamente a la anciana con sus risueños ojos entornados, como



La guerra europea. — El emperador Guillermo II de Alemania y su hermano el príncipe Enrique de Prusia en una visita al coronel general von Heeringen (De fotografía de Hofer.)

nuamente decían a su oído la canturía de amor, fuesen retirándose poco a poco para dejar plaza a los que tal proposición quisiesen aceptar.

»Ya comprendieron ellos que en aquel juego, en que la coquetería femenina era el principal factor, habían de llevar la peor parte. Mas dos que no lo creyeron así, los únicos que restaban de todos los antiguos, hicieron infinitas indagaciones para convenirse de la veracidad de aquella promesa, y aun a trueque de perder la vida en la demanda, decidieron disputarse el premio.

»¡El premio!.. ¡Fueron ellos los únicos que a tal locura con su locura habían de responder!

»La coquetuela, que días antes, viendo la fuga de sus admiradores, se presentaba en todas partes seria y grave, ofendida por la derrota que a su vanidad de mujer se infería, al ver que había tenido éxito, aunque pequeño, su proyecto, volvió a sentirse feliz... volvió a coquetear.

»Ya podía mirar con aire triunfador a las mujeres, antiguas amigas, que con desprecio la habían contemplado anteriormente... Y cuando a su lado pasaba uno de aquellos adoradores cobardes, al ceremonioso saludo contestaba con un burlón fruncimiento de los labios...

»Algunos días después, aquellos dos últimos gananes verificaron el desafío. Fué un encuentro digno de una empresa más noble y laudatoria. Los dos eran consumados maestros de esgrima... los dos lucharon con igual fe, con igual coraje... ¡Si ella hubiese estado presente, hubiese sido la obra completa!..

»Los dos pagaron con la vida la aberración que sustentaban...

»Cuenta la historia que el beso ofrecido, al secarse en los labios de la doncella, se convirtió en punzante zarzal.»

mosa protagonista de él, joven, rica, adornada de mil encantos personales, que pudo constituir la felicidad de un hogar, y que dominada por defecto de tal magnitud, sólo se conquistó la malquerencia de las mujeres recatadas y honestas, y el desprecio o la conmiseración de los hombres sensatos. No tuvo ella, sin duda, la culpa de ser como fué: tívola la

adormecida quizás por el sonsonete cascado y ganoso de la cuentista, quizás por algún oculto pensamiento que tal relación hiciera nacer en su pequeño cerebro.

Por creerlo así y distraerla un poco, la abuela le preguntó:

— Rosarito, ¿y el pago?

Se sonreía burlona al hacer la pregunta...

Demasiado sabía ella que no había de obtenerlo...; pero a gloria le sabría la negativa y más que ésta aun el pesar de su nieta al encontrarse tan pobrecilla.

— ¡Rosarito, el pago!, insistió, al ver que no tenía respuesta. No te hagas la desentendida... Desde hoy voy a ser muy exigente, ya lo irás notando...

La nieta despertó. Miró a la abuela fijamente, como no entendiendo lo que la decía, y al insistir aquélla nuevamente, recordó su anterior promesa, el ofrecimiento que la hizo de recompensa después que tal cuento escuchara...

No sabía lo que dar, qué objeto de valor brindar a su querida abuela que pudiese satisfacerle.

Rebuscó en su memoria un instante y no ha-

llándolo, se acercó mucho más a la anciana, alzóse sobre las puntas de sus pies hasta llegar con su boca al arrugado y venerable rostro y le dió un beso.

— ¡Toma, abuela, no tengo otra cosa!

La anciana se sonrió.

— ¡Un beso! ¡Si que te cuesta barato mi cuento!, dijo.

— Abuela, ¿barato y por él se matan los hombres?



La guerra europea. En el frente belga. — Soldado tocando el piano en una trinchera situada a pocos metros de las alemanas; cada vez que el instrumento suena, cae en la trinchera una lluvia de proyectiles que desde las suyas arroja el enemigo. (De fotografía de Carlos Trampus.)

falta de consejeros, de tutores que guiaran sus pasos por la senda del buen vivir, y tívola en gran parte, además, esa vanidad de mujer hermosa que, convencida de que lo es, sólo cree que los encantos con que Dios la dotara han de servir como lujo del que continuamente se ha de hacer ostentación. Al pensar de tal modo, sólo consiguió labrar su desdicha, causando al mismo tiempo la de dos seres que como mariposas en torno del resplandor de su hermosura giraban. Afortunadamente tú tienes a tu abuelita, que no dejará nunca que en ti se desarrolle ese defecto femenino.



Las tropas británicas que tomaron parte en la gran ofensiva de fines de septiembre, cuyo resultado fueron la conquista de importantes posiciones ocupadas hacía tiempo por los alemanes y el consiguiente avance de la línea inglesa, quedaron altamente asombradas al descubrir en medio de las ruinas de las aldeas recuperadas algunas aldeanas que continuaban viviendo en aquellos lugares de desolación. Aquellas mujeres, como las que el adjunto grabado reproduce un pueblecito de las cercanías de Loos, en el departamento del Norte, antes que aban-

donar el sitio en donde estaban sus hogares destruídos, prefirieron vivir durante un año a uno o dos kilómetros de la línea de fuego, haciendo su vida ordinaria bajo el incesante y formidable diluvio de metralla, cultivando su huertecito continuamente removido por los proyectiles de cañón, durmiendo entre los escombros y confiándose en voz baja sus esperanzas y su confianza absoluta en la próxima victoria de su patria, a pesar de las terribles circunstancias por que la misma atraviesa.

LA GUERRA EUROPEA



París. En la estación de Lyon. — Salida de un grupo de huérfanos de la guerra para Cannes. Muchos de estos huérfanos son enviados a los Pirineos Orientales, cuyos habitantes los acogen con tanto entusiasmo, que las familias se disputan el albergarlos en sus casas, tratándolos con el mayor cariño y prodigándoles toda clase de atenciones y de obsequios.



Luis Hourlier y León Comés, célebres ciclistas franceses que han sido recientemente víctimas de un accidente mortal de aviación, mientras prestaban un servicio de guerra. (De fotografías de M. Rol.)

Teatro de la guerra de Occidente. — Los ingleses han rechazado ataques en el frente del Sur del canal de La Bassée, en donde ha habido muy violenta lucha de artillería. Los franceses han rechazado ataques al Noroeste de Souchez, contra las posiciones del bosque de Givenchy, al Este de Reims, en un frente de ocho kilómetros, en la colina de Tahure y contra las posiciones al Este de Moncey (Lorena), y se han apoderado, en la Champaña, de la importante posición de La Cortina, rechazando los contraataques realizados por los alemanes para recuperarla, y en la Lorena de una trinchera enemiga.

La mayoría de los partes alemanes correspondientes a la semana pasada se limitan a decir que no ocurría novedad en este frente; únicamente los de los últimos días dicen que han rechazado ataques en Tahure, al Norte de Mesnil y al Nordeste de Souchez, en donde el enemigo logró momentáneamente penetrar en las posiciones, de las que fué rápidamente expulsado.

Teatro de la guerra de Oriente. — Los rusos han rechazado ataques en la región de Riga, en la carretera de Dwinsk a Novo Alesandrow, al Este de Olay, en la carretera de Mitau, en la orilla del Aa, y en las regiones de Kolki y de Novo Alexinez; han hecho retroceder a los alemanes al Sur de Jacobsstadt y los han desalojado de sus posiciones al Sur del lago Drisviaty; han ocupado varios pueblos al Este del lago Prouth, al Sur del lago Drisviaty, a orillas del Niemen, a orillas del Pripet y al Norte de Czartoriski; han tomado esta última ciudad; se han apoderado de varias posiciones al Sudeste de Baranovitchi y en la región de Novo Alexinez; y han continuado la persecución del enemigo en la orilla izquierda del Styr. Los partes de Petrogrado reconocen que los alemanes han ocupado la población de Kich, a orillas del Aa, avanzando hacia el Norte, en dirección al ramal del ferrocarril de Mitau a Nayur, y que, después de encarnizados combates, se han apoderado de la ciudad de Illuxt.

Los austroalemanes han rechazado ataques al Noroeste de Jacobstadt, al Sur de Eskau, al Noroeste de Dwinsk, al Este de Baranovitchi, al Oeste de Czartoriski, en Kolki y contra las posiciones del canal de Ozinski; han tomado varias posiciones al Sur de Riga, llegando hasta el Duna, en Schlossburg, al Noroeste de Dwinsk, y en Komarow, al Oeste de Czartoriski y en Kormín; se han apoderado de Illuxt y de Kolki; y han realizado notables progresos al Nordeste y Noroeste de Mitau, al Oeste de Czartoriski, en el Styr y en la región de Novo Alexinez. Confiesan que en la región de Czartoriski una división alemana tuvo que retirarse a sus posiciones de retaguardia, perdiendo algunos cañones y que unos contingentes que habían avanzado al Norte de Illuxt hubieron de retirarse ante un violento ataque de los rusos.

Italianos y austriacos. — Los italianos, que últimamente han emprendido en todo el frente una enérgica ofensiva, han rechazado ataques en el valle de Fella, en el valle de Lagarina, en el alto valle del Rienz y contra las posiciones de Mrzli (zona de Monte Nero); han asaltado el monte Nordie, al Oeste del lago de Garda; han penetrado en la cuenca de Bezzena, ocupando el pueblo y las alturas que dominan por el Norte el valle de Comy; han tomado las posiciones de Dossocassina y Dossoremit, en la zona entre el Garda y el Adigio; han ocupado dos pueblos en el valle de Lagarina, una importante altura y un fortín en el alto de Cordevole, una

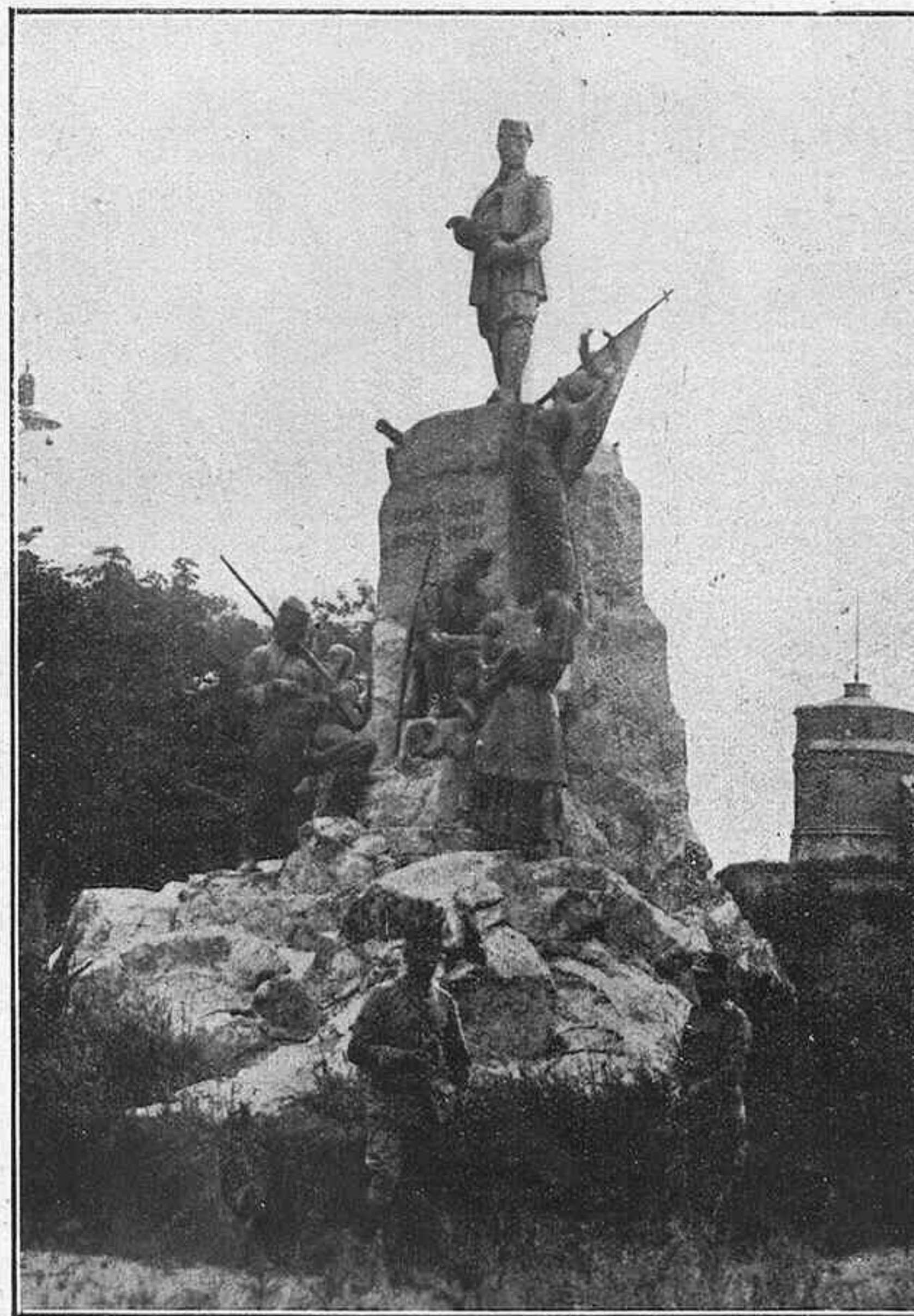
fuerte posición en el valle de Giudicaria, el Monte Mellino, en este valle, y el Monte Setole, en el de Sugerna; han destruido las defensas enemigas en la zona de Falzarego; han tomado dos fortines del fuerte de Col di Lana, unas trincheras en la zona del Rienz, en donde han llegado hasta la cresta de

Martino; dicen que los italianos lograron entrar momentáneamente en las posiciones de San Michele, de donde fueron en seguida desalojados; y en uno de sus últimos despachos añaden que siguen rechazando la ofensiva de los italianos, quienes sólo han conseguido afianzarse provisionalmente en algunas trincheras avanzadas.

Unos aviones italianos han bombardeado Trieste y otros austriacos han realizado dos ataques contra Venecia, arrojando algunas bombas que, según el despacho de Roma, hirieron ligeramente a tres personas y causaron daños de escasa importancia, excepto en una iglesia, cuyo techo, que se hundió, estaba adornado con pinturas de Tíepolo. Según los austriacos, sus aeroplanos bombardearon Venecia desde las diez y media de la noche hasta la una de la madrugada, arrojando numerosos proyectiles sobre el arsenal, la central de electricidad, la estación y varios fuertes y ocasionando varios incendios. A la mañana siguiente repitieron el raid, bombardeando los mismos sitios y además un buque de guerra. En ambas expediciones los aparatos austriacos fueron atacados por aviones italianos y por un violento fuego de artillería; pero no sufrieron ningún daño, habiendo regresado todos ellos sin novedad.

En los Balcanes. — Los austroalemanes han ido avanzando en Servia en la forma y por el orden siguiente: han empujado hacia el Sur a las divisiones serbias batidas en Avala; han ensanchado sus posiciones en ambas orillas del Morava superior; han tomado la ciudad de Obrenovac; han ocupado la región al Oeste de Seone y la región alta de Lucicasovic, rechazando al enemigo hasta Miloservac; han tomado el monte Gotanos, al Sur de Grociska; han avanzado sobre Sabac, Stepoevac y hasta el Norte de Kamovak; han asaltado las posiciones de Kosmany; han ganado terreno al Norte de Palanka y de Petrovac; han destruido las posiciones de la línea Alexandrovac Carljevo; han cruzado el Drina por Visegrad, desalojando a los serbios de las alturas situadas al Sur de esta población; han penetrado en las posiciones sólidamente fortificadas de Kosmay; han tomado una altura al Norte de Jasinika, otra en la orilla Sur del Danubio cerca de Orsova, y el fuerte Elisabeth, en las cercanías de Tekia; han atravesado el Danubio en Orsova; han tomado las alturas de Slava-Bocziaja; han ocupado la orilla occidental del Timok; han hecho retroceder a los serbios por las alturas al Sur de Krajevatz; han avanzado a ambas orillas del Morava hasta las alturas situadas al Sur de Palanka y al Norte de Petrovac; han ensanchado sus posiciones al Este de Visegrad; han tomado las alturas que dominan Jasonica; han llegado a las alturas de Prossedua, al Sur de Petrovac; ocupan algunas alturas al Oeste y al Noroeste de Kusevo; y se han apoderado de Kamm, población situada al Norte de Pirov.

Los búlgaros han ocupado nuevas alturas y penetrado más al Sur pasando por Egri-Palanka y rebasando esta línea y tomando la ciudad de Vrania; se han apoderado de la primera línea atrincherada al Este de Pirov; han tomado Sultan-Tappe; han ocupado el ferrocarril de Vrania a Ristoratz, en donde se han atrincherado; han llegado al valle de Timok, penetrando en la cuenca de Kumanovo y en el valle del Vardar; se han apoderado de Kumanovo, de Krupulu (Vales), de Negotin y de Rogljevo; han progresado al Este y al Sudeste de Kujazevac, vadeando el Timok al Norte de dicha población; y se



Belgrado. — Monumento patriótico inaugurado el mismo día de la declaración de la guerra. (De fotografía de M. Rol.)

Reukoppel; varias trincheras en el monte Sabotino y en la altura de Podgora, e importantes posiciones en todo el frente del Isonzo, especialmente en el Carso, en donde han roto las líneas enemigas.

Los austriacos afirman haber rechazado los violentos ataques de los italianos preparados por cincuenta horas de fuego de artillería contra el litoral, y asimismo los realizados en Col di Lana (alto Cordevole), en Carintia, contra varios puntos de la cabeza de puente de Tolmino y contra la planicie de Doberdo, y haber recuperado algunas posiciones al Sur de San



Columna de infantería búlgara dirigiéndose a la frontera serbia. (De fotografía de M. Branger.)

nan apoderado de Uskub, cortando de este modo las comunicaciones entre las fuerzas serbias del Norte y las del Sur.

Los serbios luchan encarnizadamente, defendiendo palmo a palmo el terreno y rechazando en muchos casos los ataques enemigos; pero en sus mismos partes oficiales declaran que su situación empeora de día en día y que a pesar de su resistencia heroica y desesperada, la fuerte presión alemana al Norte y las masas búlgaras al Este amenazan seriamente a su ejército, que todavía no ha podido recibir

el socorro de las tropas aliadas desembarcadas en Salónica.

Los franceses han tenido un encuentro con los búlgaros cerca de Rabrovo, a 14 kilómetros de Strumitza, y dicen haber obtenido una brillante victoria sobre las fuerzas que atacaban las posiciones serbias en las cercanías de Krupulu.

Las escuadras aliadas han bombardeado Dedeagatch, y la rusa, los puertos del Mar Negro Varna y Burgas.

Inglaterra ha ofrecido a Grecia la isla de Chipre a condición de que se una a los aliados; Grecia ha rechazado el ofrecimiento.

La guerra naval. - En Libau, un submarino inglés ha echado a pique el crucero alemán, *Prinz Adalbert*, de 3.350 toneladas, habiendo perecido la mayor parte de la tripulación.



En los Dardanelos. Un buen samaritano en Galípoli: soldado inglés dando de beber a un soldado turco prisionero. - La actividad militar en Inglaterra. El famoso regimiento escocés «La Guardia negra» descargando sus bigajes para trasladarse a su nuevo campamento de Wiltshire. (De fotografías de Trampus y Farrondo.)

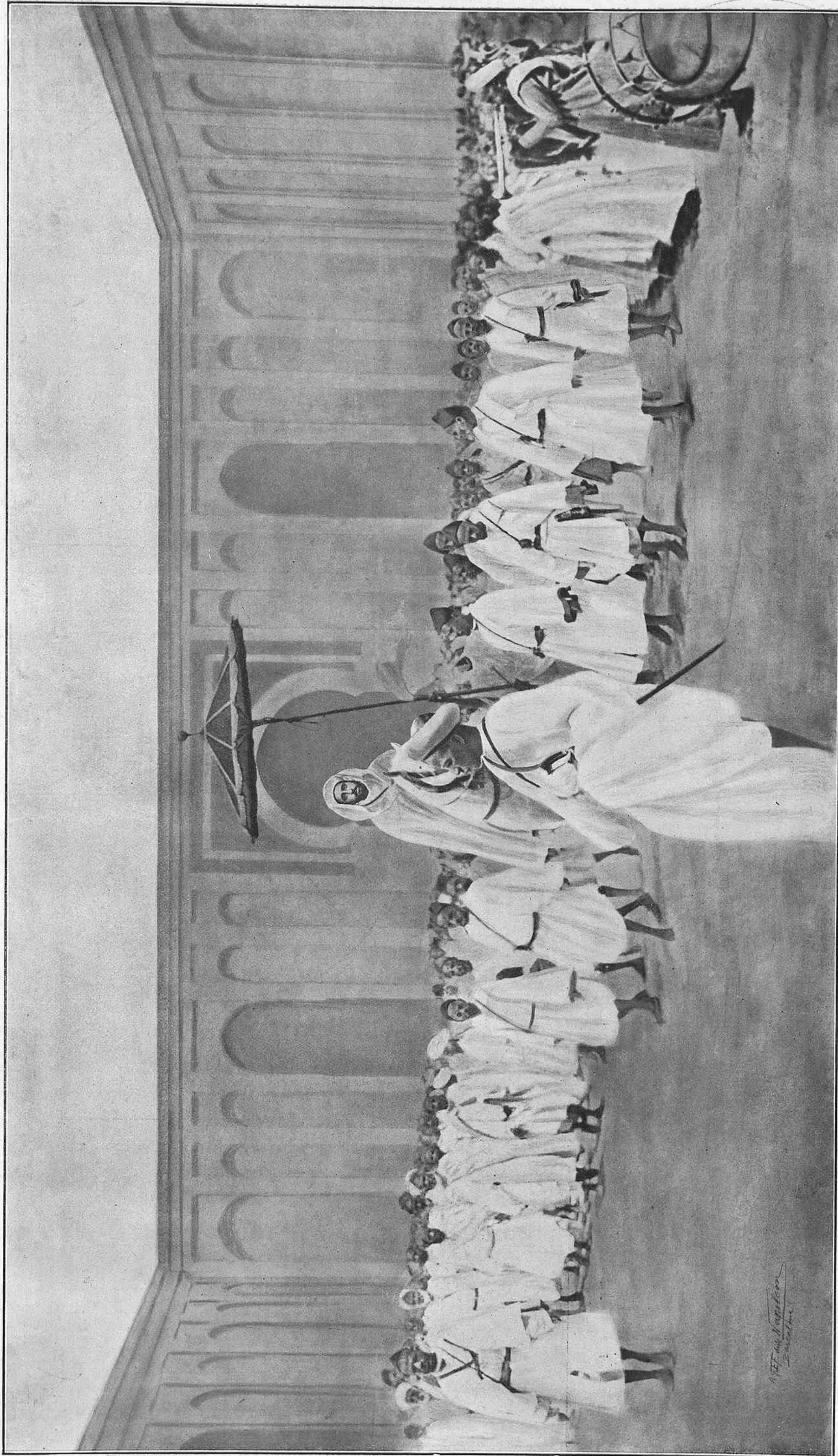
OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



LA HORA DEL TE, cuadro de J. Bloch

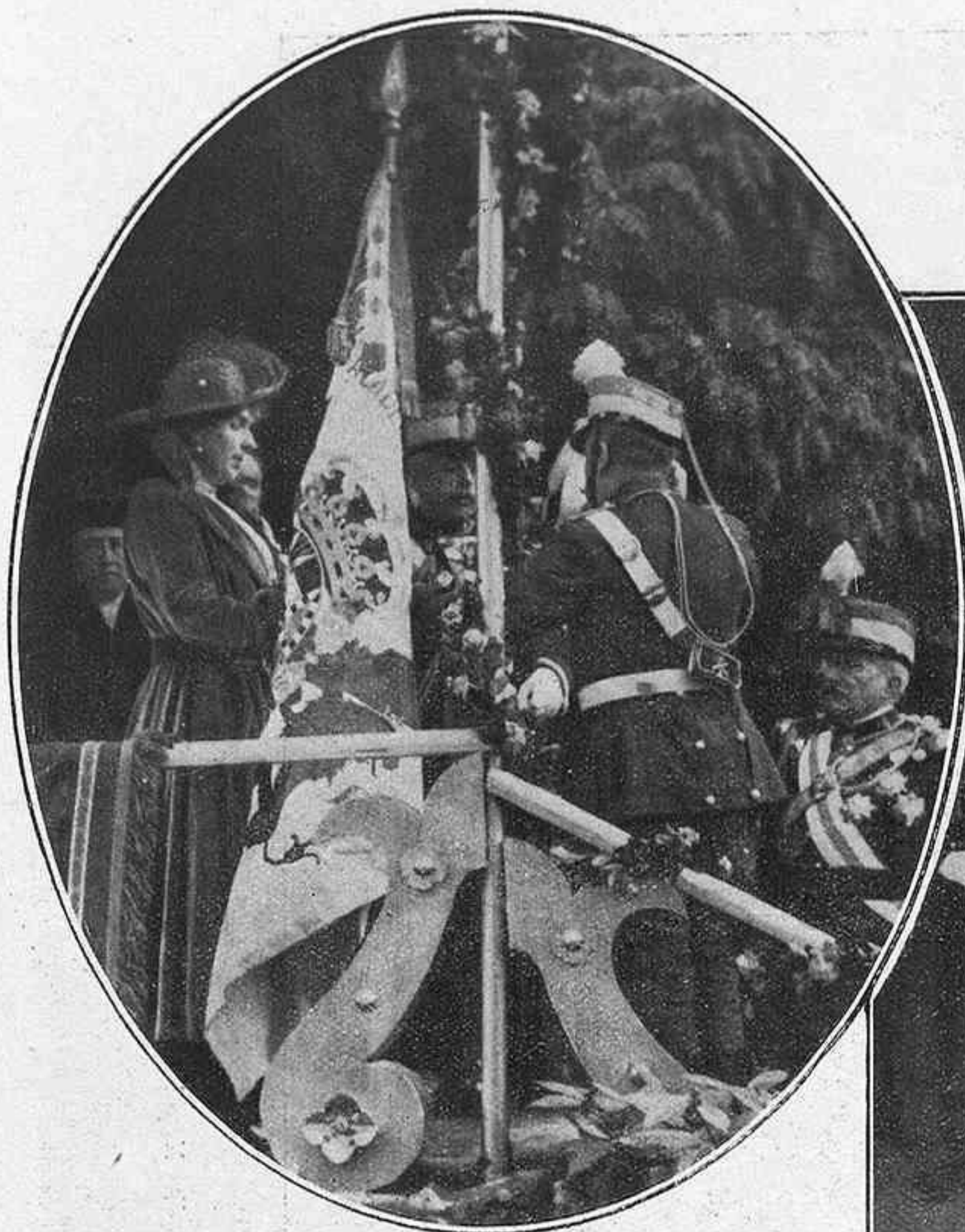
(Reproducción autorizada por la Unión Fotográfica de Múnich.)

MARRUECOS. - SOLEMNE CEREMONIA EN LA CIUDAD SANTA DE FEZ



Proclamación de S. M. el Sultán Abd-el-Hafid. (De fotografía de A. y E. F. dits Napoleón.)

A. y E. F. dits Napoleón
Fotografía



Segovia. - S. M. la Reina D.^a Victoria entregando la Coronel Director de la Academia de Artillería la nueva bandera por ella regalada.

LOS REYES EN SEGOVIA

En el Alcázar de Segovia se ha efectuado con gran solemnidad la ceremonia de la entrega y bendición de la nueva bandera regalada por S. M. la Reina D.^a Victoria a la Academia de Artillería.

Luego de conducida al Museo, con los honores correspondientes, la bandera antigua, el obispo de Sión bendijo la nueva, que seguidamente fué entregada por la Reina al coronel director de la Academia. La augusta dama leyó con este mo-



Madrid. - La señorita Villegas y el Sr. Morano en una escena de *La tizona*, drama romántico en cuatro jornadas y en verso original de D. Ramón de Godoy y D. Enrique López de Alarcón, estrenado con gran éxito en el Teatro de la Princesa.

tivo un patriótico discurso, en el que después de explicar el significado de la enseña y de exhortar a los alumnos a que la amen, amando con ella al Rey y a la Patria, les dijo: «Artilleros: recordad siempre que esta bandera os la entrega la que el Destino ha unido al primer soldado de la nación y que, inspirándose en tan alto ejemplo de patriotismo, vuestra Reina se enorgullece en ser la primera de las españolas y, como madre, la más ferviente entre las madres para inculcar a sus hijos con el amor a Dios el espíritu de sacrificio para alcanzar, ante todo, la gloria y la prosperidad de nuestra querida España.»

Contestó a S. M. el director de la Academia pronunciando sentidas y patrióticas frases.

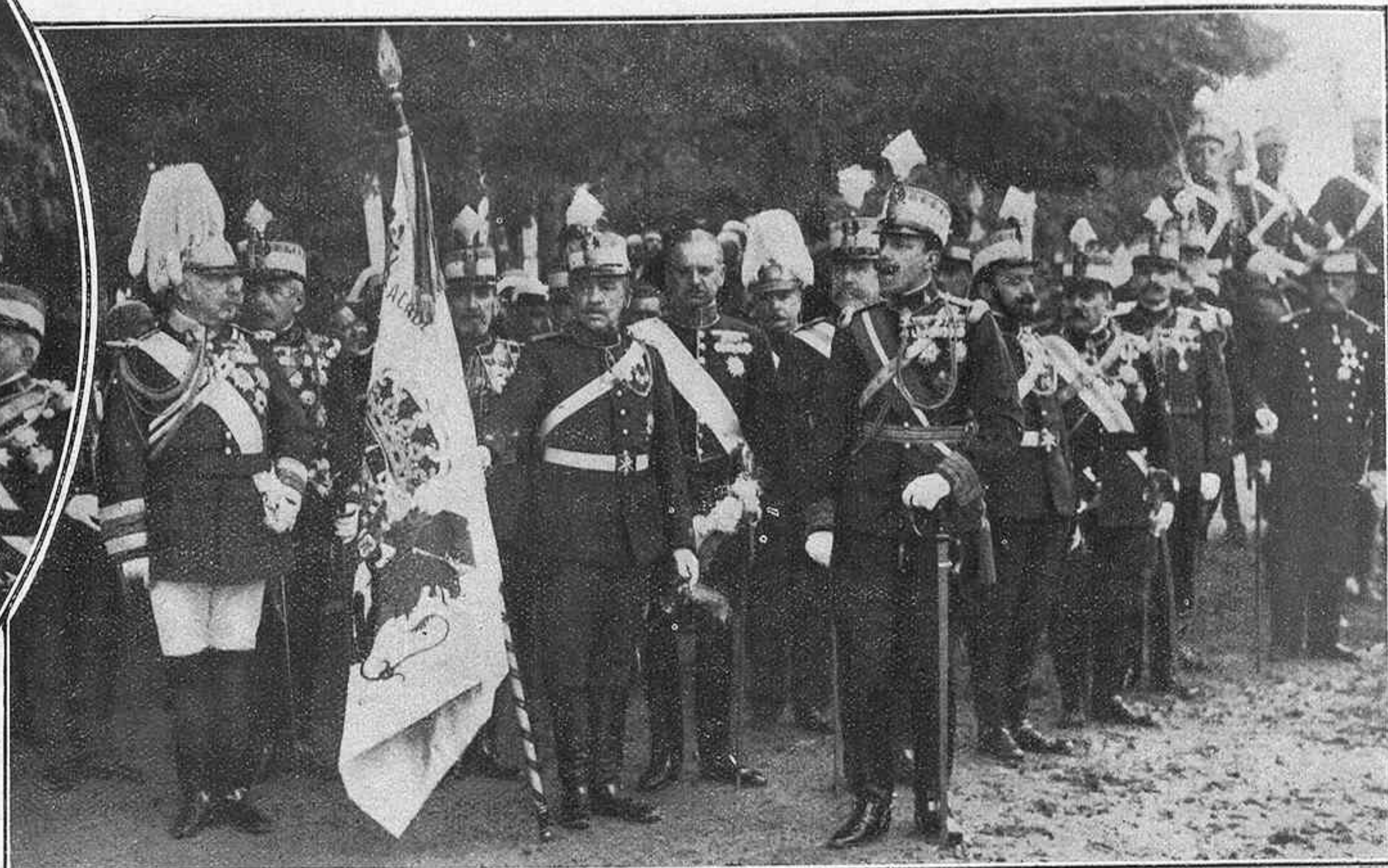
A continuación el Rey dió lectura a otro discurso, recordando los días tristes, pero gloriosos, que presenció la bandera

antigua y saludando en la nueva la aurora de un nuevo día lleno de esperanzas «que no dudo - dijo - veremos convertidas en realidades si ponéis en su servicio las virtudes de sacrificio, disciplina y constancia en el trabajo que siempre han caracterizado el Real Cuerpo de Artillería.»

Celebróse después una misa que dijo el obispo de Sión, terminada la cual las baterías hicieron salvas y los alumnos desfilaron delante de los Reyes.

Morano interpreta magistralmente el papel de don Lope, dando a su gesto todo el vigor y toda la austeridad que el personaje requiere y recitando admirablemente los versos, con ímpetu, con pasión, pero sin altisonancias ni artificiosos efectismos.

Amparo Villegas ha logrado un éxito muy merecido, y la señora Amorós y los Sres. Campos, Cobefia, Aguado, Montegudo y Pastor contribuyen al buen conjunto de la obra, que ha sido puesta en escena de un modo irreprochable.



S. M. el Rey D. Alfonso XIII dirigiendo la palabra a los alumnos de la Academia

MADRID. - EL ESTRENO DE «LA TIZONA»

Con grandísimo éxito se ha estrenado en el Teatro de la Princesa *La tizona*, drama romántico en cuatro jornadas y en verso original de los señores Godoy y López Alarcón.

Es *La tizona* un hermoso himno entusiasta a la epopeya de la conquista de América por los españoles, y en ella aquel grandioso momento histórico, que los autores han entrevisto con todos los esplendores de su grandeza, está hábilmente enlazado en una interesante historia de amor que tiene por protagonistas a doña Sol y a don Lope de Quirós, representación de la gloriosa y bizarra estirpe de aquellos bravos capitanes que llevaron a término las más grandes hazañas guiados por su fe, por su lealtad al Rey y su amor a la Patria.

La versificación del drama es recia y vigorosa, pero al mismo tiempo suave, tersa, rica de armonías; algunos fragmentos, entre ellos principalmente el canto a la espada, son de altísima inspiración y constituyen páginas brillantes de la moderna poesía castellana.



Miss Edith Cavell, enfermera inglesa que ha sido fusilada en Bruselas por los alemanes, acusada de haber facilitado la evasión de soldados franceses e ingleses. (De fotografía.)

El fusilamiento de esta infortunada enfermera inglesa ha causado un sentimiento general de horror y de indignación. Miss Edith Cavell, cuyo único delito fué ayudar a algunos soldados ingleses y franceses a regresar a su país, ha muerto heroicamente diciendo que se sentía feliz al dar la vida por su patria. Había estudiado en el Hospital de Londres y servido en las enfermerías de San Pancracio y de Shoreditch, y residía en Bruselas desde hacía nueve años.

MADRID. - TRASLADO DE LOS RESTOS DE SALMERÓN

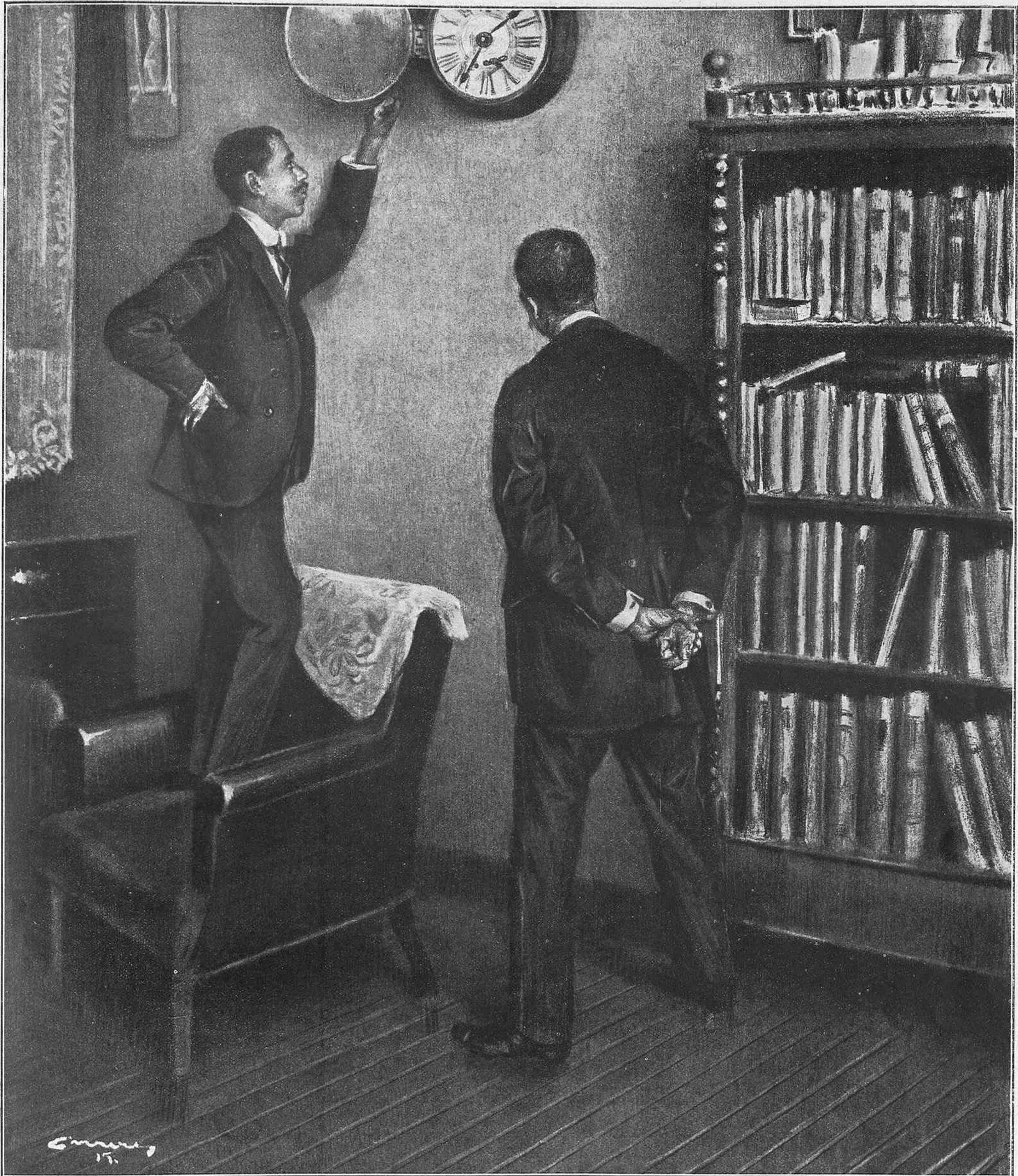
El día 24 del pasado octubre efectuóse el traslado de los restos del ilustre republicano desde la tumba provisional al mausoleo construido por su familia en el cementerio del Este. Asistieron al acto numerosas representaciones de centros docentes, diputados y otras personalidades republicanas y algunos amigos particulares. El señor Menéndez Pallarés, en nombre de la familia, usó de la palabra haciendo un caluroso elogio del insigne tribuno.



Madrid. - Traslado de los restos de D. Nicolás Salmerón a su sepultura definitiva. El Sr. Menéndez Pallarés pronunciando un discurso ante la tumba. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

¿MAS FUERTE QUE EL AMOR?

NOVELA ESCRITA EN ITALIANO POR SALVADOR FARINA, CUYA PROPIEDAD TIENE ADQUIRIDA ESTA CASA



— ¡Bravo! Esto es de buen augurio; ¿no lo cree usted?

Pero dejaba que el nuevo cajero no sólo custodia- se la caja, sino que, poniendo cuidado en las obliga- ciones, se las arreglase manejando la cartera como mejor le pareciese. La caja estaba bien provista de dinero efectivo, y esto solo debía justificar las ideas del principal; pero el mismo principal no tardó en decir que se acababa de salir de una crisis, y que ha- bía tenido que hacer otra entrega de fondos en la caja desagrada por las devoluciones.

— Ahora las cosas irán mejor, porque estoy segu- ro de haber encontrado finalmente a mi *socio*; ya verá usted cómo sabrá hacer marchar las cosas..., ya verá usted.

Parecía estar tan seguro al dar esta noticia a su nuevo *socio*, que el joven cajero se sintió obligado a decirle que quizá confiaba demasiado en él.

— Confío lo bastante y nada más, insistió Serafin Giunti; ha de saber usted que yo tengo una balanza

infalible; ¿quiere usted saber cuánto pesa? ¿Quiere saberlo?

Inocencio contestó riendo:

— Sí.

— Usted pesa..., no se lo quiero decir para dejarlo con la curiosidad.

A las seis, hora del cierre de la fábrica, Serafin Giunti convidó a su nuevo cajero a comer con él, en familia, e Inocencio aceptó.

Subiendo la escalera de la habitación de Serafín Giunti, que estaba en frente de la fábrica, Inocencio pensaba en las afables maneras de su nuevo principal; le parecían solamente un poco curiosas porque el bravo Silioli era bueno de muy distinto modo, habiendo dejado siempre una distancia entre sí mismo y su empleado de confianza, a fin de que no se familiarizase nunca demasiado.

En cambio, su nuevo principal parecía no tener más ansia que la de establecer una gran intimidad entre amo y cajero.

Inocencio truncó sus propios pensamientos al entrar en la casa, cuando el tintineo del timbre eléctrico le dijo que se apresurase a concluir. Y su conclusión fué ésta:

«La vida sería una tarea difícil y enojosa si los hombres estuviesen todos vaciados en un mismo molde; la verdad...»

Antes de que añadiese alguna palabra inútil a su pensamiento, el timbre eléctrico cesó de tocar, sonó otra vez para cesar de nuevo, y volvió a tocar a breves intervalos hasta que detrás de la puerta se oyeron pasos presurosos y una voz que repetía:

— ¡Es papá!, ¡es papá!

Apenas abierta la puerta, el padre abrazó riendo a su hija sin cuidarse ya de su cajero; y sólo cuando entrámbos se hubieron saciado de besos ruidosos, Serafín se excusó y presentó Inocencio a la muchacha.

— Se llama Juana; apenas tiene dieciséis años; ¿verdad que parece tener muchos más? Diga.

Era seguramente una broma, porque la muchacha parecía tener apenas catorce años.

— No lo crea, corrigió Juana; tengo dieciocho cumplidos; soy chiquitina porque...

— ¿Por qué?, preguntó el padre riendo.

— Porque no me hice yo; si me hubiese tocado ese encargo, me hubiera hecho así de alta.

Y para denotar las dimensiones que hubiera dado a su estatura, alzaba el brazo y se ponía de puntillas.

Inocencio, puesto en confianza desde la antecámara, como un amigo de la casa, aseguró a Juana que aquella estatura hubiera sido desproporcionada; y Juana pareció dispuesta a convenir en ello; pero, mirando de frente al cajero de su padre, añadió:

— Mas aun siendo así, alta como cinco céntimos de queso...

Sonó una carcajada a coro.

Al entrar en el salón, Inocencio sintió su alma acariciada por la frescura de la intimidad.

— Don Inocencio está hoy de penitencia, anunció el padre a la muchacha.

— ¿Come con nosotros? ¿Sí? Entonces permítame que haga poner otro cubierto.

Y sin esperar más, la minúscula mujercita se fué corriendo.

— Es una buena hija; nos queremos muchísimo; desde que su madre se fué al cementerio, no he tenido necesidad de ama de gobierno; ella lo hace todo. No es guapa, es chiquitina; pero es todo bondad.

Que Juana no fuese guapa, como aseguraba su principal, quizá no era verdad; Inocencio hubiera sincerado mejor la cosa en la mesa; pero mientras tanto, a aquel padre, que seguramente esperaba ser contradecido, necesitaba decirle que Juana era guapísima y no tan chiquitina como decían, y sobre todo muy simpática.

Y se lo dijo. Lo cual causó a Serafín Giunti gran placer.

Mientras esperaban que los llamasen a la mesa, el viudo explicó los asuntos que le parecía deber indicar sin pérdida de tiempo.

Aquel hombre tan expansivo no quería haber indicado una cosa para que parte de ella permaneciese cubierta con un misterioso velo; rasgó todos los velos de su vida doméstica en gran desorden, y cuando le parecía que aun quedaba alguno, por no haber partido de un poco más atrás, retrocedía para romperlo.

Su mujer, bonísima persona, había muerto hacía cuatro años; había muerto del tífus; ¡había sido tan buena y tan guapa!; era ya viuda cuando él se casó con ella, viuda de un pobre empleado que no le había dado hijos; no era rica, no, la pobre, ¡pero tenía un corazón!.

Él, que la había conocido cuando era novia de su empleado, se había enamorado de ella al verla; y había permanecido soltero hasta que su Claudia quedó viuda.

— ¡Y se habían amado! ¡Pero de qué manera!

Para resarcirlo de todo el tiempo pasado, Claudia se había creído en el deber de darle una niña, mientras que al otro no le había dado nada.

Todas estas cosas fueron dichas con apresura-

miento; como si viniesen a los labios impulsadas por la necesidad imperiosa de contentar toda la curiosidad ajena.

Y cuando le pareció a Serafín Giunti que había cumplido con su deber, anunció que ahora necesitaba pensar en cierta persona que había tenido una novia y había resuelto separarse de ella para darse al diablo.

— ¿Al diablo? Es decir, al suicidio; la cosa era clara.

— También arreglaremos eso..., aseguró Serafín.

Pero en aquel momento entró Juanita a decir que la sopa estaba en la mesa.

Sin decir una palabra, pero pidiendo la venia de su padre con una mirada, enfiló su brazo en el del nuevo cajero.

El padre los siguió murmurando y riendo.

Tres personas sentadas a una mesa pequeña pueden leer fácilmente en los ojos cada una el alma del vecino.

Inocencio aprovechó la coyuntura para explorar con disimulo el alma de la amita de la casa.

Y, además de ver que no era verdad que no fuese bonita, le pareció adivinar un alma sencilla un poquillo viciada por los defectos paternos; pero ingenua todavía al extremo de mirar siempre de frente al adversario para ver salir sus palabras.

En el pesimismo de Inocencio, todo hombre, en frente de una joven guapa, se convierte súbitamente en un adversario.

Cuando su padre reía demasiado, Juana se ponía muy seria; pero debía ser una buena hija, capaz de hacer la felicidad del que aun supiese amar

¡Pero Inocencio ya no sabía!

En aquel momento sopló la última cucharada de sopa, que había tenido tiempo de enfriarse.

Y la muchacha anunció en seguida a su padre que el convidado, en vez de comer, pensaba en algo.

— Ya sé en qué piensa, dijo Serafín Giunti; hablaremos de ello después del café.

Por más que Inocencio dijo riendo que no estaba distraído, que estaba siempre presente en todos sus bocados, no se le creyó, ni por consideración, pues Serafín y su hija eran incapaces de una complacencia ante una verdad que saltaba a la vista.

Pero el joven, después de aquel suspiro en el plato de la sopa, no lanzó otros al pollo cocido ni a ningún otro de los manjares que le sirvieron; dejó ir el pensamiento de Angélica perdida para siempre, para permanecer en la mesa con su principal y con la curiosa Juana.

A la hora del café, Juana dejó la mesa porque su papá era aficionadísimo a esta bebida, y reconocía todas sus cualidades tónicas y estimulantes; pero sólo cuando le llegaba preparado por las manos de su hija.

Entonces Serafín Giunti plantó las manos sobre los manteles, y avanzando la cabeza hasta debajo de la lámpara para mirar cara a cara a su cajero, le dijo en voz baja:

— Usted no debe darse por vencido, debe recurrir a su novia que todavía le quiere.

A estas palabras que parecían el anuncio de la felicidad, entró en la mente del pobre abandonado un repique de fiesta, pero sólo un momento.

— ¿Cómo lo sabe usted?, balbuceó.

— Que tenía usted novia lo sabía todo el mundo; que usted ha roto con la familia lo he sabido yo porque me he informado...

— ¿Cómo sabe usted que... Angélica todavía me quiere?

— Lo adivino.

Era poco.

— En cambio, yo sé lo contrario.

Inocencio tomó el cuchillito de plata para trincar en el plato una piel de pera; su principal le dejó hacer un rato, y después, también en voz baja, insinuó estas palabras:

— ¿Me encargo yo? ¿Quiere usted?... Si no arreglo el matrimonio esta noche misma que me desbauticen.

En aquel momento la camarera trajo la bandeja de las tazas, y Juanita llegó detrás con la cafetera.

Siguió un silencio extraordinario de algunos minutos; Juanita, oliendo algo insólito en el aire, se apresuró a decir:

— Tómennlo caliente; yo vuelvo en seguida.

Y se fué con la camarera.

— ¿Quiere usted darme ese encargo?, insistió Serafín, que casi no había cambiado de postura desde antes.

— No, gracias; esa criatura a quien tanto amé no debe volver a entrar en mi corazón.

— ¿Porque ha quedado en él?

— No, no ha quedado; no debe haber quedado.

— ¿Y ha renunciado usted a ella?

— Sí.

— ¡Mejor!, suspiró Serafín Giunti. Usted es joven y no faltan muchachas bonitas.

— He renunciado al matrimonio.

A estas palabras solemnes, Serafín Giunti contestó con el acento de antes:

— ¡Mejor!

Volvió Juana, y viendo por la actitud de ambos que su discurso había encontrado la conclusión, también dijo:

— Mejor.

Entonces Serafín se rió en grande, mientras que Inocencio se sonrió apenas.

— ¿Qué hay que decir?, insistió la muchacha; había comprendido que debía irme otro rato; no sé qué habrás arreglado durante estos pocos minutos, pero habrá sido cosa muy importante cuando ni tan sólo has probado el café; tómale en seguida, mientras está caliente.

Serafín Giunti obedeció en silencio.

VIII

Desde aquel día, Inocencio fué de casa; y no tardó en acostumbrarse a la nueva vida que le era impuesta suavemente: comer el domingo con su principal, perder a la brisca con él todas las noches, o bien hacerse comer por Juanita todos los peones a las damas.

Pero cada día ganaba terreno, y al cabo de un mes la partida de damas con la señorita se había hecho difícil; Inocencio empezó a encontrar gusto en ver a su adversaria primero indecisa en los movimientos, luego aturdida, y a veces muy turbada por un peón que amenazaba a la dama.

Más tarde la maestra y el dócil discípulo fueron de igual fuerza, y ya fué inútil medirse sobre el tablero, sabiendo que ninguno saldría vencedor.

No había sombra de fastidio en casa de Serafín; con frecuencia venían amigos del comerciante y amigas de la señorita; se tomaba el té en compañía; Juana cantaba con una hermosa voz de contralto acompañándose al piano; el joven intervenía con su palabra escuchada en las conversaciones comerciales de la gente seria, hasta que las muchachas alegres lo llamaban a su pequeño círculo para hablar de cualquier tontería, que parecía ocupar enteramente los pequeños cerebros de aquellas casquivanas.

En el fondo, el secreto pensamiento de las amigas de Juana era ver de cerca los despojos de un matrimonio roto... Porque si bien son despojos, el matrimonio aun existe, y aquéllos pueden servir todavía.

Pero toda nueva muchacha que Inocencio conocía en casa de su principal, manifestaba ante todo la idea de que él y Juana ya se entendían, y cada vez costaba trabajo a la señorita y al sospechado pretendiente convencer a las jóvenes amigas de que no había nada absolutamente entre los dos, ni podría haberlo nunca.

Cuando la demostración era dada de un modo claro por el uno o por la otra, o por ambos a la vez, las amigas de Juana, que por consideración a la señorita de la casa habían respetado su toma de posesión, se volvían más desenvueltas en echar el lazo de las miradas y de las coqueterías; eran lazos para bromear un poco y preparar la conquista, pero Inocencio no se dejó coger nunca.

Aun pensaba en la bella Angélica que ya jamás había de ser su esposa.

De aquel trato de cada noche entre él y Juanita había nacido una intimidad que debía ser ciertamente la cosa más remota del amor.

De todas esas pequeñas malicias con que los enamorados procuran por instinto ligarse cada vez más, no ponían en práctica ni una sola. Ni menos artificio alguno para agradarse.

Florencio iba a casa de su principal con el traje de todos los días, y más de una vez con la barba de toda la semana.

Juana siempre se presentaba verdaderamente arregladita y pulcra, pero nada más; y cuando descubría tinta en los dedos del cajero, le invitaba a lavarse en el cuarto de su papá, y hasta le acompañaba ella misma ofreciéndole un pedazo de limón para que la operación resultase más perfecta.

Pero nada más.

Inocencio podía dejar crecer en su cara un bosque de pelo, sin que Juana hiciera acerca de ello la menor observación.

Confianza sí, confianza entera; pero nada más.

La muchacha tenía del padre, además de la nariz griega y la barbilla aguda, su amabilidad, y un poco de esa inquietud morbosa, por la cual el enfer-

mo necesita abrir, vaciar el alma delante de cualquiera, contándole todo lo que le pasa.

Los ojos, el cabello y la gravedad, que atemperaba la amabilidad y a veces truncaba las confidencias, Juanita debía haberlos heredado de la madre.

Inocencio hasta había notado en su amiguita un vicio grave y no sabía aún si debía atribuirlo a falta de criterio o a una debilidad de sentido moral.

Más de una vez, al principio, se había presentado la ocasión de tener que repetir la historia de las sesenta mil liras perdidas en el *tram*; por más que Serafín Giunti y su hija procurasen no renovar aquella poderosa llaga, siempre había alguno de los recién llegados que quería oír la repetición de labios de la víctima, y después de haber adquirido la seguridad de la presencia de la cartera pasaba casi siempre a discutir toda la dificultad de una virtud de sesenta mil ochocientas liras; o si un heroísmo de tal fuerza les era más fácil a los ricos que a los pobres.

— A los ricos, hacía observar uno, porque no les aprieta la necesidad.

— Pues yo creo, decía otro, que a los ricos les es más difícil, porque conocen mejor el valor del dinero.

Ambos decían parte de la verdad; la verdad toda salió de labios de Juana, quien, sin asustarse de las señas que le hacía su padre para hacerla callar, afirmó en conciencia que, si alguna vez encontrase una cantidad tan importante, le costaría trabajo restituirla; diez liras, o veinte y hasta ciento, sí, porque no merecen que se peque; un millón también, porque no sabría qué hacer de él, y, además, la asustaría; así le parecía al menos; pero sesenta mil liras, no.

— ¿Qué estás diciendo, Juana?, murmuró Serafín Giunti.

— La verdad, mi querido papá.

Así avisado de que en aquella alma cándida quizás había penetrado, por las ignotas vías del atavismo, algún gusano maligno, Inocencio se dedicó a sondear a su amiguita.

— ¡Y cuántas cosas vió, y con qué espanto!

En aquella desgraciada estaba enfermo el órgano del sentido moral.

Nadie lo hubiera podido sospechar, porque aquel defecto oculto estaba corregido por una gran bondad de corazón; pero no cabía duda que, si las condiciones de su vida lo hubiesen requerido, Juana hubiera sido muy fácilmente ladrona.

— ¡Ah!, ¡pobre criatura!

Esto que tal vez parecería deber separar dos simpatías, las aproxima más.

Inocencio se consideró en secreto como el hermano mayor de su amiguita y se creyó en el deber de reducir cada día a las proporciones de lo verdadero, de lo razonable y de lo honesto todas las ideas que el día anterior habían sido pronunciadas en la conversación de las amigas.

Y ya se sabe qué ideas pueden germinar bajo los sombreros femeninos de última moda.

Pero Juana ni siquiera se acordaba ya; Inocencio tenía que reproducir las expresiones y contradecirlas, a riesgo de hacerse *fastidioso*, como le había dicho una vez la rebelde.

Pero Juana se había aprendido pronto al cajero de memoria, y no sólo le perdonaba sus ideas virtuosísimas, sino que hasta le consentía las predicas.

Así transcurrieron volando tres años.

La fábrica Serafín Giunti y Compañía había florecido, y el mérito no era de Serafín Giunti, y mucho menos de su *socio*.

Inocencio había podido ya pagar parte de la deuda a su antiguo principal; sabía hacerse apreciar de todo el mundo, y se había hecho querer de veras, sin segundos fines, por Serafín y su hija, y se hubiera podido considerar feliz como antes, si hubiese podido borrar de la mente un recuerdo que aun manaba sangre.

IX

En tan largo tiempo, Inocencio nunca había pasado de día por la calle de su amada, pero de noche se había dejado tentar por la idea de interrogar en la lucecita que ardía en la ventana del tercer piso el grande e incurable dolor.

Después corría a hacerse medicar por Juana, que sin saberlo siquiera tenía preparada la medicina en sus ojos llenos de bondad y en sus labios risueños.

Otras veces, para no pasar por aquella calle, daba rodeos por las adyacentes, y un día vió venir en dirección opuesta a la suya, como había esperado y temido, a Angélica acompañada del mísero cuerpécito de su padre.

Habiendo tenido tiempo de prepararse, Inocencio estuvo sublime en el saludo indiferente, mientras que el padre y la hija, cogidos de improviso porque

ambos eran miopes, hicieron dos gestos diversos, pero desgraciadísimos.

Después de haber pasado, Inocencio prosiguió su camino, sin volverse; y cuando estuvo a poca distancia, y el corazón inescuchado hubo cesado de llamar a golpes a su pecho orgulloso, notando que Angélica parecía sufrir y no tenía ya la belleza de antes, experimentó un sentimiento extraño, mezcla de alegría y de piedad.

Luego no había vuelto a encontrarla en mucho tiempo.

Un día supo por Serafín Giunti que se había mudado de casa y que ahora vivía mucho más cerca. No preguntó dónde vivía ni cómo su principal se había enterado del cambio de domicilio.

Pero Serafín se lo dijo todo.

Giunti había encontrado la ocasión de frecuentar la casa de la exnovia de Inocencio, cuando se había propuesto reanudar las relaciones rotas. Si no lo había conseguido, la culpa no era suya, sino únicamente de cierta persona... Si esa persona se hubiese dignado dar un paso, en seguida los otros hubieran dado dos; y a estas horas, ciertos novios que él sabía serían marido y mujer, tendrían quizás un hijo hecho y quizá también otro empezado.

Al decir esto, el principal reía, no pudiendo imaginar que al cabo de tanto tiempo la quemadura de su joven amigo le doliese aún.

Inocencio, sin manifestar lo que sentía, quiso únicamente asegurarse de que Serafín Giunti, en sus visitas, no había hablado nunca de su nuevo cajero.

— ¡Nunca! Ni aunque... los otros le hubiesen preguntado. ¡Nunca!

— Mejor, porque yo no hubiera querido tener trazas de... mendigar.

Entonces el principal confesó al cajero que aquella muchacha perdía algo de día en día.

— ¿Qué perdía?

— Un poco de frescura, un poco de brío.

Y si continuaba así, ¿qué sería a los veinticuatro años?

Todas estas ideas, manifestadas con indiferencia, eran saetas para el corazón de Inocencio; pero Serafín no lo notó.

— ¡Oh!, añadió alegremente, un día u otro encontrará marido. Los jóvenes son reacios al matrimonio; las muchachas, hasta que han cumplido veintidós años, sueñan con un marido joven y guapo; después de esa edad son más fáciles de contentar, y se dignan dar algún vistazo a las filas de la reserva, donde siempre hay algún solterón bien conservado, o algún viudo inconsolable... como yo, por ejemplo, porque cuando Juana haya elegido esposo, y yo me encuentre solo, como dos veces viudo, me volveré a casar, ¡como hay Dios! ¿Dice usted que yo haría mal?

— Al contrario; haría usted muy bien.

Serafín Giunti no contaba a su hija entre las que esperaban un marido joven y guapo; parecía creer que los pocos jóvenes milaneses capaces de matrimonio no esperaban más que el *sí* de Juana; sin embargo, a lo que Inocencio recordaba, en casa de Serafín Giunti no había visto nunca más que gente seria incapaz del gran disparate.

Pero aquel padre, franco hasta la ingenuidad, sólo temía una cosa, y era que su hija no encontrase marido por demasiado pequeña, y bien mirado, como Inocencio no había hecho nunca, dejó descubrir a un ojo atento un par de lazos que Serafín había preparado a los pocos jóvenes que visitaban la casa para hacerlos caer en el matrimonio.

Juana, la pobre, nada sabía; cantaba la romanza suspirosa o tocaba el nocturno de Bohler o el minué de Boccherini, mientras tenía detrás un comerciante en sedas ya medio millonario, el cual, fuera de las frisaduras y de los hilados, no entendía nada de nada; pero animado por Serafín Giunti, clavaba los ojos en el teclado y de vez en cuando los levantaba al techo como si se hallase en éxtasis musical.

Éste era el candidato de la primera trampa.

La otra era para el *socio* famoso, que cuando iba a la fábrica nunca encontraba plumas que escribiesen por sí solas, y que a veces se dignaba abandonar el círculo para pasar una hora de la velada en casa de su compañero.

Trampa muy difícil.

En ambas se debía pescar cerca de medio millón de capital; en la primera un poco más de juicio; en la segunda un poco más de juventud.

Pero poco juicio y poca juventud; apenas los restos.

Serafín Giunti, como padre amoroso, se mostraba amable con uno y con otro, sin la menor diferencia; a la muchacha tocaría luego elegir.

Pero hasta ahora no había caído en la trampa nin-

guno de los dos; el sedero, tan bien conservado que parecía nuevo, suspiraba fuerte y hacía todos aquellos gestos musicales sólo cuando la señorita le daba la espalda; apenas se levantaba Juanita del piano, él se hacía más sedero que antes; parecía aguantarse con sus propias manos para que no lo metieran en el saco; pero aun de esto se podía inferir que tenía muchas ganas de que lo metieran.

Era más fácil la resistencia al *socio* mal conservado, el cual, cuando había confrontado demasiado la fresca juventud de Juana con los atractivos embellecidos de sus amigas de cada día, era muy capaz... de estarse todo un mes sin volver a casa de su socio.

Inocencio vió todas estas cosas como si alguien se las fuese escribiendo antes; pero la maniobra de su principal y las de sus víctimas le hicieron reír en secreto, cuando se hubo cerciorado de que Juana seguía siendo la chiquilla de antes y, sin malicia en sus maneras, parecía no hacer caso de los dos armadijos preparados por el padre.

Pero un día Inocencio encontró a Juana muy afligida porque el sedero había declarado al padre que estaba pronto a poner a los pies de la señorita todos los hilados, todos los torzales, toda su persona hasta la última frisadura.

— ¡Dios mío!, exclamó en conclusión la muchacha.

— ¡Dios mío!, balbuceó Inocencio; ¿cómo ha sido?

— En la mesa; papá me ha dicho bruscamente: «¿Sabes?, el sedero ha puesto los ojos en ti y quisiera casarse contigo; ha venido a pedirme tu mano...» «¿Pero tú no se la has dado?», he contestado yo. «¿Cómo había de dársela sin hablar antes contigo?» «Yo no le quiero», he asegurado; papá ha callado un momento y luego ha dicho: «Debe tener medio millón; su edad no pasará mucho de los cuarenta y no está gastado; no es prudente decir que no sin pensarlo antes. Volverá mañana por la respuesta; piénsalo tú esta noche.» Y se fué a fumar. Ahora fuma tranquilamente mientras yo debo pensar.

— ¿La estorbo?, preguntó el cajero con un acento singular que podía parecer chanza; ¿me voy?

— No, quédese, contestó Juana mirando en los ojos a su joven amigo.

Luego prosiguió en voz baja, mirando a una y otra parte:

— Necesito que usted me aconseje. ¿Debo casarme con un hombre que no me gusta, unirme a él para toda la vida, cuando puedo decir que no sé cómo es?

— ¿Por qué no?, contestó Inocencio, y en su voz temblaba algo que era quizá la ironía; los matrimonios de hoy se hacen así; las muchachas tienen después toda la vida para conocer cómo es su marido; el medio milloncito se ve en seguida...; diga usted que sí.

Juana buscó otra vez los ojos del cajero y los tuvo clavados en los suyos; al ruido de una puerta que se abría, la joven dió la mano a Inocencio y le dijo simplemente:

— Gracias.

Entró Serafín Giunti.

— ¡Oh!, ¿está usted ya aquí?

Mientras éste metía en su estuche la pipa de espuma ennegrecida, Juana dijo:

— Me dijiste que lo pensara toda la tarde y la noche; pero no ha sido necesaria tanta fatiga; un cuarto de hora me ha bastado; dirás a ese señor que no quiero saber nada de él... porque...

— ¡Bravo! Dime por qué... Hay que decir el porqué cuando se responde negativamente a una oferta de ese género.

— Porque se me ha ocurrido querer a otro.

— ¿Qué historia es ésa?... Explicáte... oye... ¿adónde vas?

La jovencita había desaparecido.

— ¿Quiere usted explicarme qué ha pasado?

Inocencio balbuceó que no había pasado nada, que él hasta había aconsejado a la muchacha que se casase con el sedero.

Entonces Serafín Giunti, levantándose a gran altura, declaró haberlo comprendido todo.

— Pídame la mano de mi hija y acabe la comedia.

Inocencio se echó al cuello de su principal; no dijo una palabra porque leía apenas entonces lo que desde hacía tiempo estaba escrito en su corazón.

— Es usted el mejor de los hombres, dijo después.

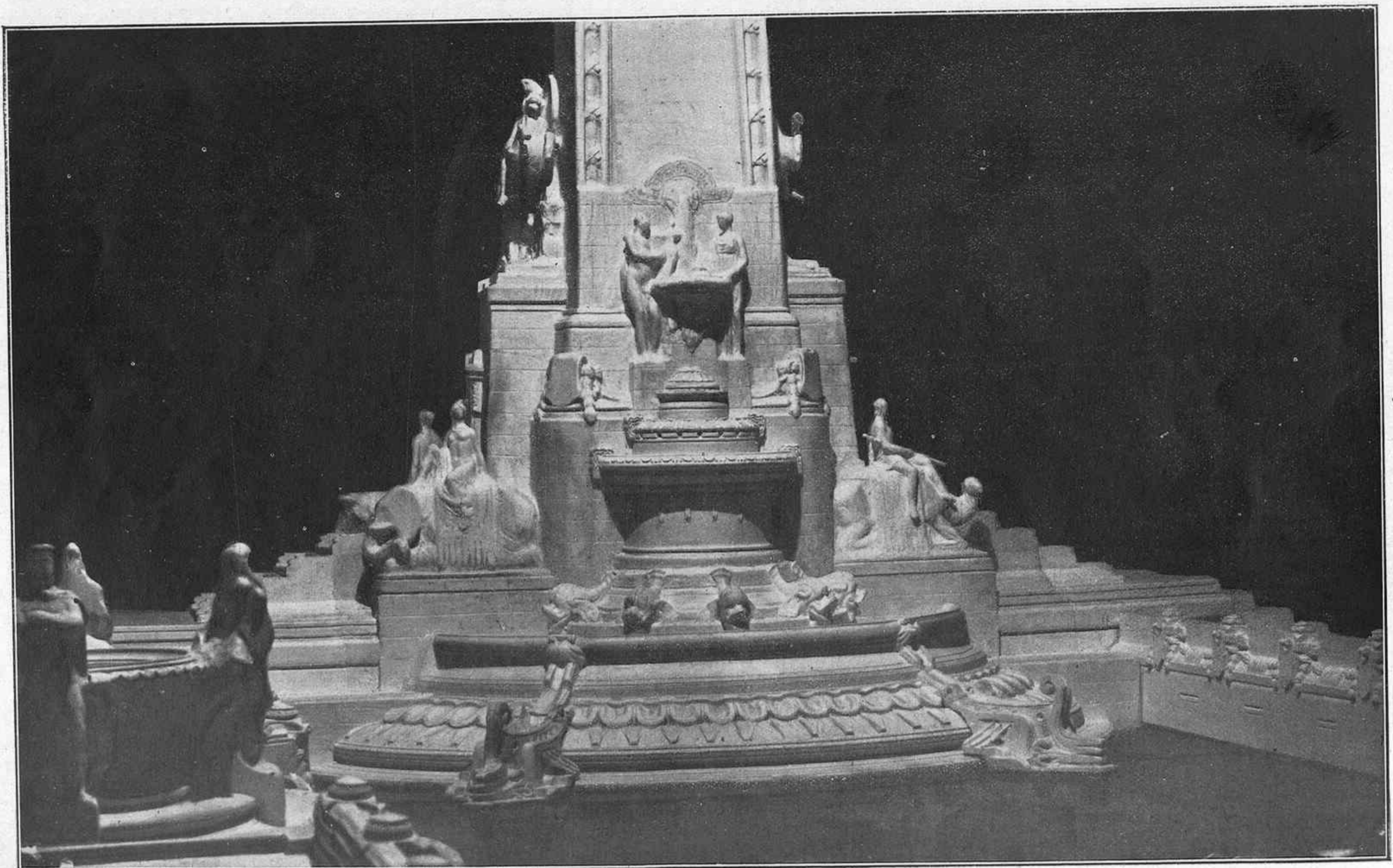
— Puedes tutearme, desde el momento que soy tu futuro suegro; pero no me alabes demasiado; yo hago lo que la conciencia me ordena... y mi conciencia quiere que te lo diga todo...

— ¿Qué?

(Se continuará.)



Vista general del monumento



Detalle de la fuente principal



Detalle de la fuente Castalia

EL MONUMENTO A CERVANTES. - ANTEPROYECTO DE LOS SRES. INURRIA Y ANASAGASTI

Aunque en el número 1764 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA reprodujimos el anteproyecto del monumento a Cervantes de los Sres. Anasagasti e Inurria, la circunstancia de haber obtenido el mayor número de votos en el fallo del Jurado y de haber sido, por consiguiente, designado en primer lugar de los tres que habrán de ser ampliados por sus autores y entre los cuales se elegirá el que definitivamente haya de construirse, nos mueve a dar hoy una reproducción más ampliada de dicho anteproyecto y de dos de sus principales detalles, a fin de que puedan apreciarse mejor el carácter general y algunas de las bellezas de la obra de aquellos distinguidos artistas.

Asimismo creemos oportuno ampliar la sucinta descripción del monumento que dimos en nuestro último número y para ello nos parece lo más acertado copiar, de la Memoria presentada por los señores Anasagasti e Inurria, la parte dedicada a la descripción general, en la que se explica la idea fundamental en que los autores se han inspirado y se especifican los elementos empleados para darle forma. Dice así:

«Miguel de Cervantes Saavedra, cuya obra realizó más perdurable conquista de las apartadas tierras y de los futuros siglos, que nuestras armas, aun siendo éstas de tal modo invencibles, en aquella gloriosa época en que viera la luz el libro inmortal, tiene en su obra misma el mejor monumento.

«Habrán de ser, por tanto, mármoles y bronce criados suyos, y osado atrevimiento sería el pretender otra cosa que dar palacio donde el espíritu egregio del más grande de los escritores españoles pueda recibir a cuantos acudan a rendirle homenaje y pleitesía.

«Así, pues, nuestro proyecto de monumento nació tanto del simbolismo de que luego se hablará, como de la creación de una biblioteca cervantina. Esta es, en realidad, la medula de nuestro monumento, el corazón que latirá dentro de todo el inmenso canto de piedra y de agua, que nosotros imaginamos.

«¿Qué mejor ni más sólido cimiento de nuestra obra futura, que este maravilloso y eterno de los libros del Maestro? ¿Acaso no habría siempre de disculparnos la misma belleza del alma para quien pensamos digna envoltura, si luego el aspecto eterno flaqueaba de la debida grandeza?

«Aventureros del ideal somos los artistas y antes de salir a luchar con las quimeras y a conquistar poderíos de ensueño, fortalecimos nuestro espíritu con la lectura de estas obras tan granadas de esperanzas, tan rebosantes de las frescas aguas del consuelo y de la fortaleza, que escribiera Miguel de Cervantes Saavedra. Y por ello surge, brota, nace - que las tres significaciones tan ligadas y fraternales, pero que parecen distintas, queremos tenga el monumento - de lo que habría de ser biblioteca cervantina, el dado del gran pedestal elevando al genio coronado por la Patria y por la Historia.

«Detrás del grupo, Minerva, la suprema sabiduría, la diosa de las Artes, asiste, serena y complacida, al justo homenaje. La punta de su lanza, clavándose en la inmensidad azul, será como un índice señalando la inmortalidad, como un agudo estilo que escriba más allá de la tierra el nombre triunfal.

«Un gran escudo de la Patria y otros nueve menores, representativos de las regiones, ciñen el pedestal ornándole a manera de capitel.

«Un poco más abajo, de la piedra misma en cuyas entrañas se custodia la obra, fluye - cual de la obra fluyó para siempre - el idioma, simbolizado en el agua pura y cristalina.

«Junto al manantial, la Poesía lírica y la Poesía dramática contemplan cómo el agua brota y cae y se subdivide y se oculta para surgir de nuevo por una serie de bocas distintas, de grifos, de pilones, en una multifónica serie de sonidos, en una rica orientación de sus fecundos desbordamientos, como los multiformes giros y matices de nuestro idioma, hasta que llega a dos navíos fuentes, representación de la Patria que llevó a tierras ignoradas la civilización, luminaria de los espíritus.

«Entonces ya el agua forma un amplio estanque - símbolo también del Océano - adonde se habrán de contemplar las veinte naciones que hablan la lengua de Cervantes, representadas por sus escudos y las dos monumentales fuentes circulares, levantadas en homenaje a las razas que por el nexo del idioma han quedado unidas a la nuestra. Cúmplase de este modo el noble deseo - que es también el de todos los españoles - del Comité Ejecutivo del Centenario: «La unión de la más noble familia de naciones, en la gloria del mayor de los creadores del arte.»

«Por ello tiene América parte principalísima en nuestro proyecto. En cuanto a la significación mundial de la obra de Cervantes, está representada por cuatro grupos simbolizadores de los otros cuatro continentes, compuestos con alegóricas figuras, sobre animales típicos de sus faunas respectivas.

«Sobre las sendas puertas que dan ingreso a la biblioteca, Apolo cabalga sobre un Pegaso y Marte sobre un corcel de batalla. Son la pluma y la espada; las armas y las letras; evocación de las dos nobles ocupaciones en que dividió Miguel de Cervantes su vida, como claro espejo donde se miraba la España de entonces, tan próspera en genios de la literatura como en héroes de la milicia.

«En el relieve posterior, Apolo preside el concierto de las nueve Musas, que cantan gozosos himnos por las victorias del genio; y la gran fuente que fluye de la base del relieve es Castalia, en la que se bañaba la sacerdotisa de Delfos antes de pronunciar los oráculos, en cuyas aguas se bebía la inspiración poética, y que eran inquietud de entusiasmo y caricia fecunda de la imaginación.

«Por último, el banco frontero al monumento y que cierra el estanque, simboliza la generación actual que tiene ante sí el ejemplo del pasado.

«En las tardes tranquilas y soleadas del invierno, en las dulces y perfumadas mañanas vanales, durante los melancólicos vésperos del otoño y en la calma nocturna de los estíos, será igualmente grato sentarse allí a contemplar, no la mayor o menor gallardía de la arquitectónica traza o la serena gracia de los grupos escultóricos, sino la irreal y magnífica visión que la totalidad del monumento sugiere. Y cuando, rizadas por el viento, las aguas del estanque tiemblen y se agiten reflejando las enormes masas de piedras, será como si éstas adquiriesen repentina vida y vuelvan a agitarse los nobles ímpetus guerreros, las puras inquietudes sentimentales, las soñadoras audacias de nuestra raza y de las razas hermanas que para el amor y la poesía, las dos más altas cumbres del humano espíritu, siguen empleando palabras españolas.»

Los autores de los tres anteproyectos premiados deberán proceder a la ampliación de su tamaño hasta el 10 por 100 del que habrán de tener en definitiva para lo cual disponen de un plazo de cinco meses.



Nuestro corresponsal en Melilla Sr. Lázaro a su llegada a la Puerta de la Reina en Tetuán, adonde ha ido con objeto de hacer una extensa información sobre usos y costumbres de los moros que ofrecemos publicar brevemente. El coche automóvil recorre diariamente la carretera Ceuta-Rincón del Medik-Tetuán sin sufrir agresión alguna. (De fotografía de Lázaro.)

Nuestro inteligente y activo corresponsal en Melilla, el distinguido capitán de Infantería D. Carlos Lázaro, cuyas notabilísimas informaciones han podido admirar con frecuencia los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, está realizando actualmente una excursión a Tetuán y territorios vecinos con objeto de hacer una extensa información gráfica sobre los usos y costumbres de los moros.

La vida, las costumbres y la industria de las gentes que en aquellos territorios habitan, son enteramente distintas de las de los moros que viven en las inmediaciones de Melilla, es decir, los rifeños.

En el Rif no existe población alguna mora; los rifeños habitan en el campo en casas aisladas que tienen la forma de alcazaras, esto es, un patio rodeado de habitaciones, que no tienen ventana alguna y únicamente una puerta. Estas casas presentan el aspecto de verdaderas fortalezas.

Todas las familias viven independientes y se agrupan por cabilas que tienen un jefe a quien obedecen por religión; pero el verdadero jefe es aquel que se impone por la fuerza. Los rifeños no reconocen al Sultán y ahora, dominados por nosotros, obedecen a nuestra policía indígena.

En Tetuán, España ejerce el protectorado; allí residen el Jefe, representante del Sultán, el gobernador y otras varias autoridades moras, todos bajo el protectorado o sea a las órdenes del Alto Comisario, cargo que desempeña el general Jordana, que tanta gloria ganó en Melilla y de quien puede esperarse con fundamento que sabrá conquistar en Tetuán nuevos laureles cumpliendo la misión que le ha confiado España de pacificar y consolidar nuestra influencia en aquella zona.

El Sr. Lázaro nos ha ofrecido enviarnos su interesante información gráfica, que con gusto publicaremos en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores o editores

PRIMER CONGRESO NACIONAL DE LA PRENSA NO DIARIA CELEBRADO EN BARCELONA

Ahora comprendo por
qué las mujeres del
gran mundo tienen
la piel tan blanca y
tan fina.... Usan el
Jabón
HENO de PRAVIA

Ehrmann.

DEL 8 AL 11 DE FEBRERO DE 1915. — Esta obra interesantísima comprende todos los importantes temas sometidos a discusión en el Congreso, la labor de las secciones, que fué intensa, los brillantes discursos, tomados taquígráficamente, pronunciados el día de la clausura por el Ilmo. Sr. Arzobispo de Tarragona Dr. don Antolín López Peláez, y por el Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia, D. Rafael Andueza; las conclusiones votadas y la lista de los periodicos, entidades y personalidades adheridas y de los congresistas. Ilustran el libro el retrato de los ponentes y de cuantos por algún concepto cooperaron a la mayor brillantez de la gallarda manifestación de fuerza dada por la Prensa no diaria, figurando al frente de aquéllos el de S. M. el Rey que con tanto interés siguió la labor del Congreso. Un tomo de 352 páginas impreso en Barcelona en la Imprenta Elzeviriana de Borrás, Mestres y C.^a

**

CONMEMORACIÓN DEL XXV ANIVERSARIO DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA CELEBRADA EL AÑO 1888. — La Comisión gestora designada por los sobrevivientes de la Exposición Universal de Barcelona para conmemorar el grandioso certamen de 1888 que tan decisivo fué para la prosperidad de nuestra capital, ha publicado un libro en el que se exponen los trabajos de organización de los actos conmemorativos y se reseñan estos actos que consistieron en una función religiosa en sufragio de los organizadores de la Exposición fallecidos hasta la fecha y en la colocación solemne de una corona de bronce en el monumento erigido a la memoria de Rius y Taulet existente en el Paseo-Salón de San Juan. Contiene, además, las listas de todas las entidades organizadoras de la Exposición y de las personas que las constituyeron, y tres artículos interesantísimos de Luis Figuerola, F. Dalmaes Gil y Miguel S. Oliver referentes a aquélla. Un tomo de 104 páginas ilustrado con diez laminas, impreso en Barcelona en la tipografía de los señores Henrich y C.^a

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN